BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA ESPADA FLAMIGERA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



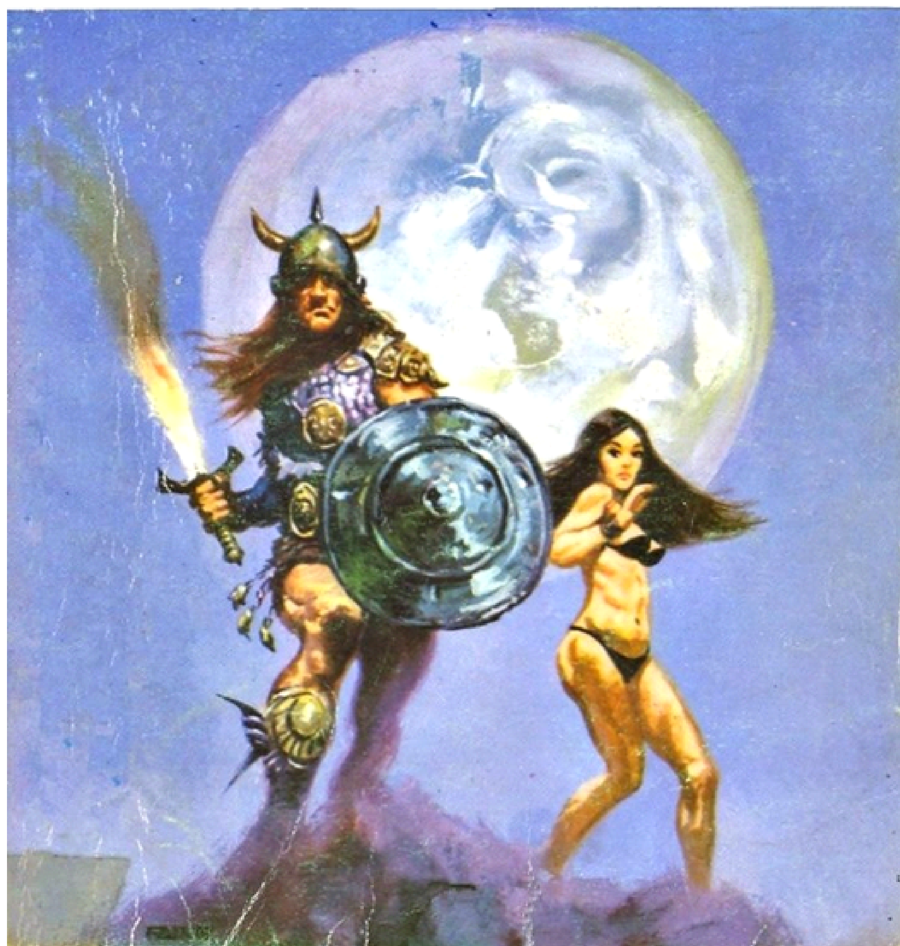
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA ESPADA FLAMIGERA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

388 - La ira del espacio, *Clark Carrados*.

389 - Supervivencia, *Ralph Barby*.

390 – Caravana a las estrellas, *Glenn Parrish*.

391 – El mayor caradura de la galaxia, *Joseph Berna*.

392 – Llegaron e Andrómeda, *Curtis Garland*.

A. THORKENT

LA ESPADA FLAMÍGERA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 393

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 46.980 - 1977

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1978

Concedidos derechos exclusivos *a* favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Ka-Dol vio llegar al jinete desde lo alto de la colina.

Impaciente, lleno de negros presagios, esperó que llegase a su altura. Inmediatamente, apenas pudo verle el rostro a la luz de las lunas gemelas, comprendió que las noticias no le iban a resultar gratas.

El jinete daba evidencias de estar muy cansado. Resopló varias veces y descabalgó dejándose deslizar por la silla de cuero. Tomó su cantimplora y bebió un largo trago, ante la mirada ansiosa de Ka-Dol.

—Vamos, Olgul, habla —le espetó Ka-Dol, tomándole por la cota de malla y sacudiéndole.

—Un momento, amo —graznó Olgul, eructando. Se limpió los labios con el dorso de la mano y abrió varias veces la boca, buscando con hambre el aire que necesitaban sus alterados pulmones para recobrarse.

Ka-Dol, el sacerdote-mago, crispó los puños. Ya estaba seguro que Olgul sólo iba a transmitirle malas noticias, pero tenía que saber exactamente lo que había sucedido aquella noche en el palacio del rey.

—Todo el palacio real y sus alrededores hierve en estos momentos, amo —dijo Olgul—. Cuando crucé la puerta norte de las murallas aún los centinelas no sabían lo sucedido. Apenas he conseguido escapar. Por los dioses que el rey habrá decretado ya el cierre de todas las salidas.

—Sigue.

—Tal como tú me ordenaste llegué al palacio al atardecer y me aposté cerca del cuerpo de guardia. Nadie sospechaba de mí. Era el mejor sitio para esperar. Allí sabría en seguida si Yamel podría conseguir su propósito. Estuve una hora larga conversando con los guardias del retén, jugando a las cartas y bebiendo. Me excusé y paseé por las galerías cercanas a las habitaciones privadas. Desde allí lo vi todo, amo. Tal como estaba previsto, Yamel mató a los centinelas y penetró en las dependencias de Daram, que entonces debía estar disfrutando de los placeres que le otorgaba su nueva concubina.

—Esa mujer me costó mucho dinero —graznó Ka-Dol—. Y mucho tiempo instruirla, hacerla deseable. La mantuve virgen para esta noche. Era el regalo que siempre agradecen los poderosos. Esta mañana, Daram la aceptó de mí no sin cierto recelo, pero ante su belleza claudicó. ¿Qué hizo esa perra?

—No lo sé exactamente. Ya debían llevar bastante tiempo juntos, amo. Pero me temo que esa mujer falló, señor. Cuando Yamel y sus amigos penetraron en la alcoba de Daram…

—¡Continúa, maldito! —exclamó el mago.

—Pude verlo, señor, a la luz de las lunas, de las antorchas —gimió el hombre—. Mi vista es aguda. A través de las grandes ventanas presencié la lucha. Fue terrible. Daram estaba vivo, amo, cuando irrumpieron Yamel y los suyos. Nunca vi al rey luchar con tanto ardor, con tanta furia. En su diestra estaba *La Flamígera,* cortando y achicharrando la carne de sus enemigos. Los cuerpos de los hombres de Yamel caían bajo su empuje. Varios fueron lanzados por los balcones al patio. El palacio se llenó de gritos de dolor de los heridos y aullidos de pánico de los que aún vivían y deseaban escapar de la furia de Daram.

»Ante aquel escándalo acudió la guardia y la lucha acabó. Se retiraron los cadáveres y condujeron a los que aún vivían a los calabozos. Yo regresé atemorizado otra vez al cuerpo de guardia. Allí apenas quedaban unos hombres, que todavía no sabían lo que había sucedido. Cuando regresó un oficial lo contó todo precipitadamente, pero yo lo había visto, y su relato era un parodia de lo que en realidad había acontecido. Tan sólo me confirmó lo que yo ya me temía; Daram apenas tenía unos rasguños y…

—Termina.

—Yamel está vivo.

—Debió haber muerto también —maldijo el mago.

—Daram pudo haber le matado cien veces, pero no quiso. El oficial le escuchó decir que no deseaba verter parte de su misma sangre.

—No desaprovecha ninguna oportunidad para echarse más gloria.

—Señor, entonces tuve que escapar. El oficial me miró con desconfianza. Luego le escuché decir a un soldado que me vigilase, que él iría a consultar con el rey mi presencia allí. Al parecer, recordó

que yo soy uno de tus siervos y todo aquello le resultaba sospechoso.

—¿Qué hiciste?

—Apenas me quedé a solas con el soldado, le maté. Oculté su cuerpo y salí del palacio. Tomé el caballo y escapé de la ciudad para informarte, tal como quedamos.

Ka-Dol alzó la mirada hacia las lunas que comenzaban a ocultarse detrás de las altas montañas. Por levante empezaban a despuntar los primeros destellos del incipiente día.

—Rogué a los dioses que las noticias que me trajeras fueran mejores, Olgul. Pero ellos no me han escuchado. Por el contrario, me han vuelto la espalda. Estoy perdido. Ahora, Daram llegará a comprender que la muchacha que fue mi regalo tenía la misión de anestesiarle para que su hermano Yamel pudiera matarle por sorpresa y alzarse con el cetro. ¿Qué ha pasado con los grupos armados que esperaban la señal para cercar el palacio?

—Mientras corría por las calles les vi esparcirse, amo.

Todos estarán ahora en sus casas, temblando de miedo. Creo que otros sí consiguieron salir de la ciudad antes que las puertas fueran cerradas.

—Son todos unos cobardes —masculló el mago—. En cuanto a Yamel...

—El rey lo juzgará mañana, amo.

—Ojalá le dé muerte inmediatamente.

—Amo...

—Si, no te asombres. Ahora tengo dos enemigos. Al menos, si Daram ordena ejecutar a Yamel sólo tendré uno. De todas formas, este país es peligroso para mí. Tenemos que huir.

—¿Dónde podemos ir, amo? Ka-Dol indicó hacia el Norte. —Sólo tenemos libre esa dirección.

—Amo —gimió el siervo—. Eso es como morir. Son los parajes más desolados de la región y...

—Si lo deseas puedes quedarte —rió el mago sordamente—. Acompañarás a Yamel y esa mujerzuela en la muerte.

—Amo, Daram no tiene prisionera a la mujer. Ka-Dol se volvió hacia Olgul como si le hubieran golpeado.

—¿Qué estás diciendo? ¿Es que Daram no descubrió que Vayla iba a conspirar contra él?

—No, no. El oficial dijo que el rey no había sido sorprendido por el ataque de Yamel y sus hombres gracias, precisamente, a la esclava que le regalaste por la mañana.

Olgul retrocedió un paso a la vista de la irritada contorsión que sufrió el rostro del sacerdote-mago.

—¡Maldita perra! —gimió roncamente Ka-Dol alzando los brazos al cielo—. Debí haberla matado cuando la capturaron, entregarla a los soldados, despellejar la... ¿Cómo he podido fallar? Usé todo mi poder en ella durante semanas. Pensé que el rey sentiría pasión hacia su belleza apenas la viera. Vayla debió haber dormido a Daram... ¿Por qué no obedeció mis instrucciones?

El soldado se movió delante de su amo, inquieto. Los ataques de ira de Ka-Dol le aterrorizaban. Había presenciado muchos anteriormente, pero ninguno tan profundo como aquél.

—Señor —musitó Olgul—, pronto amanecerá. El rey puede enviar patrullas. No debemos permanecer tan cerca de la ciudad.

Ka-Dol le agarró por la cota de malla, zarandeándole al tiempo que le miraba con sus ojos rojos como brasas.

—Alguien me ha traicionado, Olgul. Mi poder ha sido neutralizado por alguien que, por los dioses, no puede ser otro que mi eterno enemigo: Aaronte. ¿Acaso ese engendro del infierno sabía que Vayla estaba bajo mi dominio y actuó para sustraerla antes de que su amo se acostase con ella?

—No lo sé, señor —se lamentó Olgul—. ¿Cómo podemos averiguarlo ahora? Tal vez nos enteremos algún día. Pero ahora debemos marcharnos de estos lugares cuanto antes.

El mago soltó a su siervo y asintió. Tenía los hombros hundidos y caminó vacilante hacia su caballo, atado a un árbol unos metros más allá.

—Tienes razón —dijo Ka-Dol—. Me he dejado llevar por la furia. Pero este golpe ha sido demasiado contundente para mí. Tenemos que huir

del reino, refugiarnos en el Norte por algún tiempo. Allí no nos buscarán.

Olgul corrió al lado de su amo.

—Señor, ¿por qué no cruzar el mar y marchar hacia el sur, a los reinos enemigos de Daram? El Norte es peligroso.

—Precisamente por eso, cobarde. No nos internaremos demasiado, sólo lo suficiente para que las patrullas del rey Daram desistan de seguir nuestras huellas. Permaneceremos allí el tiempo conveniente, hasta que las cosas se calmen. Entonces decidiremos dónde huir definitivamente.

Ambos montaron a caballo. Las dobles lunas habíanse esfumado y por el Este el sol mostraba las amplias llanuras. En el horizonte, hacia el Oeste, se vislumbraban los amurallados contornos de la ciudad que Olgul acababa de abandonar.

Lentamente, bajaron de la colina y se dirigieron campo a través hacia el Norte. Les quedaban duras jornadas antes de alcanzar las fronteras del reino. Allí comenzaba el desierto, y un poco al Oeste el Reino de Amuria, el eterno enemigo de Solania y su rey Daram.

Por un momento, Ka-Dol estuvo tentado de encaminarse hacia Amuria y solicitar la protección del rey Astalon, pero tuvo presente que éste nunca tuvo demasiadas simpatías tampoco hacia el pretendiente Yamel. Y AstaIon sabía perfectamente que Ka-Dol había sido el más fiel consejero y súbdito de Yamel. No, por el momento sería mejor dejar que el tiempo borrase las huellas de su intriga en Solania.

De súbito, Ka-Dol hizo estremecer a Olgul con una carcajada.

—No, Daram no se atreverá a matar a Yamel. No lo haría nunca. Es uno de los defectos de Daram, que le hará perder su reino tarde o temprano —se volvió hacia el aterrado soldado y agregó—; Sabías, sucio ignorante, que Daram le tiene demasiada consideración a la llamada de la sangre. Daram nunca olvidará que la mitad de la sangre de Yamel es igual que la que corre por sus venas.

Cabalgaron y Ka-Dol soltaba risotadas de vez en cuando.

* * *

Daram salió del baño y aceptó que Vayla le cubriese el cuerpo con la amplia toalla. Las finas manos de la muchacha recorrieron el fuerte cuerpo del rey, secándoselo. Sus ojos se encontraron y la mano derecha de Daram ascendió por el hombro, alcanzando los cabellos rubios recogidos en una abundante cola. Los agarró y empujó la boca de Vayla hacia la suya, besándola con pasión.

—Te amo —susurró Daram tomándola por los hombros—. También te debo la vida.

Los azules ojos de Vayla se humedecieron levemente, agitó la cabeza y respondió:

—Esta mañana, al verte, fue como si surgiera de una pesadilla. A mi mente acudía una terrible orden, que se hizo más fuerte cuando anoche nos quedamos solos—. Pero la vencí y te lo dije todo.

Daram se echó a reír, tomando una túnica escarlata que empezó a ponerse y Vayla terminó de ajustarle a la cintura el cinto plateado.

—Ka-Dol debe estar haciéndose viejo. Aaronte sólo precisó dirigirte unas palabras para romper el encantamiento. ¿Sabías que Aaronte fue el maestro de Ka-Dol? Al viejo le bastó echarte una mirada cuando Ka-Dol te ofreció como presente para mi para saber que él te había hipnotizado. Es la verdad, Vayla; no ha sido mi persona la que te hizo romper el dominio de Ka-Dol. Lo siento. Aunque tú hayas pensado que te enamoraste de mí apenas verme, fueron las palabras precisas de Aaronte las que surtieron el efecto. Y lo siento. Para halagar mi vanidad yo hubiera preferido lo que tú habías pensado.

Vayla sonrió encantadoramente.

—De todas formas creo que ya estoy enamorada de ti.

—Apenas nos conocemos.

—Tuvimos tiempo de conocernos, ¿no?

—Claro que sí. Y te prometo que no será una sola noche que nos amemos. —Daram se puso serio—. Pero hoy se presenta un día duro. No puedo olvidar que en los sótanos del palacio yace en una celda mi hermano Yamel.

—¿Tienes que decidirlo tan pronto?

Daram tomó la gran espada colocada sobre el revuelto lecho. Con delicadeza la enfundó y sujetó luego a su cinto de plata. Presta, Vayla colocó la corta capa dorada sobre los anchos hombros del rey. Al otro lado de las cortinas se escucharon risas femeninas y Daram gritó a las criadas que podían entrar.

—Os ordeno que respetéis a Vayla como a mi mismo —dijo Daram a las mujeres—. Hacedlo y será mejor para vosotras.

Volvió a besar a Vayla y salió de los aposentos privados. Cruzó la puerta donde montaban guardia dos fornidos guerreros y se dirigió al final del corredor. Allí, junto a una de las columnas, estaba Aaronte.

El viejo mago-sacerdote se inclinó al verle llegar, y Daram le tomó del brazo, caminando ambos juntos.

—¿Qué sabes de ella? —le preguntó Daram.

El viejo dibujó una pícara sonrisa.

—¿Es que tú no lo has averiguado ya todo?

—Sabes perfectamente que me refiero a su procedencia. Yo no he querido preguntarle nada directamente.

—¿Acaso temías una respuesta que no se ajustase a la verdad?

—No es eso. Consideré que no debía interrogarla; hubiera resultado improcedente, ¿no?

—Por supuesto, señor. He aprovechado el tiempo. Sé que es la hija de un noble de las marcas de Astalon caído en desgracia para su rey. Huyó con un pequeño séquito en dirección al sur, pero la caravana fue sorprendida por un pelotón de Yamel, que los mató a todos excepto Vayla. Al principio, Yamel pensó quedársela para él, pero al verla, Ka-Dol le propuso hechizarla y servirse de ella para llevar a cabo una conspiración contra ti que devolvería el trono a Yamel definitivamente. Con poca complacencia, Yamel aceptó.

—Lo comprendo —dijo secamente Daram—. Puedo jurar que esa mujer no fue tocada.

—Los nobles de las marcas del reino de Amuria son excesivamente puritanos —suspiró Aaronte—. Tengo entendido que el padre de la muchacha se negó varias veces a las pretensiones de Astalon de entregarla a su decadente corte. Tal vez por eso terminaron huyendo

hacia el Sur.

Daram se detuvo y miró instintivamente a los ojos del anciano.

—¿Estás seguro que tú no influiste en la muchacha?

—¿A qué clase de influencias te refieres?

—No sé. ¿Sólo te limitaste a dejarla libre en su natural condición?

—Sí, así es. ¿Más tranquilo?

—Bastante —sonrió Daram pasando el brazo por el hombro del mago y reemprendiendo el camino en dirección a los sótanos.

—¿Es que vas a ver ahora mismo a Yamel? —inquirió Aaronte al adivinar la dirección por la que le empujaba su rey.

—Si. Quiero solventar el problema que se nos ha presentado de inmediato.

—¿Qué has decidido? ¿Por qué no dejas que el Consejo Real cargue con el peso de dictar sentencia? El hecho de ser hermano tuyo no le exime del delito que ha estado a punto de cometer. Además, si le perdonas será difícil explicar que ordenes la ejecución de los restantes hombres que acompañaron a Yamel en su intento de matarte.

—¿Te crees tú ser el único poseedor de la habilidad política? Existen circunstancias en las que un rey puede mostrarse magnánimo, ¿no?

Aaronte levantó la canosa cabeza sorprendido. Pero antes de alcanzar la entrada a los sótanos empezó a sonreír levemente.

CAPÍTULO II

Daram hizo que uno de los guardias de los calabozos corriese a avisar a los miembros del Consejo Real, con el encargo que se presentasen allí lo más rápidamente posible. Luego, en la estancia principal, bajo la luz de las antorchas, ordenó que llevasen a su presencia a Yamel y los demás hombres.

Los soldados, nerviosos, corrieron a cumplimentar la orden real. Se escucharon ruidos metálicos de armas y cotas de malla e instantes más tarde eran empujados a través de un angosto pasillo los prisioneros, con Yamel a la cabeza. Todos ellos iban cargados de cadenas sujetas a manos y pies.

Fueron reunidos en el centro de la estancia en apretado grupo a punta de lanza. Daram se plantó ante ellos, de cara a Yamel.

Yamel era sólo unos años mayor que Daram, tan alto como él y tal vez más corpulento, aunque sus músculos resultasen más groseros. Sus labios mostraban una dura línea recta debajo de un poblado bigote y sobre una anillada barba. Los negros ojos del encadenado respondieron insolentes a la observación del rey.

Durante unos tensos segundos ambos hombres se estudiaron. Daram serenamente. Yamel, con odio apenas contenido.

—¿Qué esperas para decirme cuál va a ser mi suerte? —dijo Yamel intentando mostrarse sereno. Pero su voz le traicionó al temblar ligeramente.

Daram siguió sentado, con las manos apoyadas sobre la empuñadura de *La Flamígera*, e imperturbable. Lentamente, dijo:

—Yamel, los dioses son testigos que he procurado no hacerte daño a pesar de que estos años no has cesado de conspirar contra mí. Al final no has dudado de intentar matarme. Sería muy sencillo matarte, excesivamente cómodo para mí. Anoche, tal vez lo hubiera hecho, cegado como estaba en el ardor de la lucha. Pero ahora...

—Eres un rey débil —rió Yamel—. Yo, en tu lugar, no hubiera dudado en ordenar tu muerte.

—Eres valiente; pero no me tientes.

—No quiero tu perdón. Haz lo que debas. Ya me has robado el trono. ¿Qué te impide que te apoderes también de mi vida?

—Ese maldito Ka-Dol siempre ha sido perturbador para ti, Yamel. Siempre mintió cuando te decía que el reino era tuyo.

—Soy mayor que tú, el primogénito.

—Oh, Yamel —Daram movió la cabeza impaciente—. Sólo te has preocupado de la guerra, de las mujeres y el vino. Nunca has

estudiado las viejas leyes de Solania. Somos hijos del mismo padre, pero éste aportó al matrimonio con mi madre un hijo, tú. Mi madre era la heredera del reino, no nuestro padre. Tú nunca podías ser el heredero, a pesar que nuestro padre siempre deseó que tú lo fueras.

—Las leyes se cambiaron...

—Fueron después de morir la reina. Nuestro padre desoyó al Consejo Real y quiso dictar otras nuevas. Entonces ambos aún éramos jóvenes y no nos dábamos cuenta de nada. Cuando nuestro padre murió en la batalla contra los bandidos, las viejas leyes fueron reimplantadas por el Consejo.

—Esos viejos siempre me odiaron —aulló Yamel señalando hacia la entrada escalonada, por la que empezaban a descender varios hombres vistiendo túnicas azules y negras.

Daram se levantó y recibió a los miembros del Consejo Real. Aaronte, como portavoz de él, se colocó al lado del recién llegado grupo.

—Aaronte os dirá por qué os he convocado aquí mismo, consejeros —dijo Daram volviendo a su silla—. Quiero que escuchéis lo que he decidido respecto a estos hombres. —y Señaló a Yamel y sus amigos.

—El Consejo aprovechó que yo, a punto de ser coronado rey, estaba ausente para derogar las leyes de mi padre y colocarte a ti en el trono —exclamó Yamel, agitando los brazos y haciendo entrechocar los eslabones de cadenas.

Aaronte se adelantó unos pasos y dijo:

—Tú nunca hubieras sido un buen rey, Yamel. Se necesita algo más que destreza con las armas y valor. El rey de Solania debe poseer inteligencia y mesura en sus decisiones, amar la paz y sólo luchar cuando no le queda otra solución. Por todo esto Yamel, a tu regreso te encontraste con tu hermano empuñando *La Flamígera*, el símbolo del poder que fue del padre de la esposa de vuestro padre, el abuelo de Daram, nunca el tuyo. Era la ley que vuestro padre, por medio de la coacción y el temor, nos obligó a apartar para implantar las suyas que estaban redactadas para beneficiarte.

»Empero, Daram fue magnánimo con tu persona. Te dio grandes honores y te confirió el titulo de príncipe, con casi idénticos poderes que el suyo. ¿Y qué hiciste tú entonces? Eso lo sabemos todos. Intentaste levantar al pueblo contra Daram, pero fracasaste porque él poseía *La Flamígera* y todo el reino ya sabía que él sería un buen rey.

De hecho ya lo era. Logró la paz con las fronteras en pocos meses y la prosperidad inundó las más apartadas regiones.

»La mayor parte de la gente comprendió que contigo todo sería distinto. Vendrían las guerras, las intrigas y las venganzas. Tú querías conquistar nuevos territorios, aplastar a tus enemigos fronterizos y saquear ciudades. Sólo un puñado de locos te seguían y alababan. Y el peor de todos es ese perro de Ka-Dol, que los dioses confundan.

—Ka-Dol —repitió Yamel apretando los puños—. Odio a Ka-Dol. Dejé que me arrebatara la mujer. Fui un tonto al creerle. Me aseguró que él conseguiría que Vayla drogase a Daram. Entonces sería para mí muy fácil matarle, aunque empuñase *La Flamígera*. Aunque sea en el infierno, mataré a ese hijo de perra.

—No será preciso en el infierno, Yamel —dijo Daram alzando la mano para imponer silencio sobre los murmullos de los consejeros—. He decidido dejarte libre. Tal vez algún día encuentres a Ka-Dol y viertas sobre él todo tu rencor.

Las voces de asombro de los consejeros se hicieron más potentes y otra vez tuvo Daram que demandar silencio, antes de proseguir:

—Pero no será en mi reino. Yo ordeno que tú y tus secuaces seáis desterrados de Solania. Nunca podréis volver bajo pena de muerte. Tenéis tres días para alcanzar las fronteras. Después de este plazo se os matará en el mismo lugar que seáis vistos.

Un consejero alzó su voz cargada de protesta:

—Señor, es una equivocación.

—¿Por qué?

—Existen límites en las decisiones del rey, señor. Aunque sea vuestro hermano no podéis olvidar que ha intentado mataros. Todo el reino debe saber ya lo que sucedió anoche. Muchos pensarán que sois excesivamente blando. ¿Acaso hubierais perdonado a otros hombres que no hubieran sido parientes vuestros?

—No, por supuesto —respondió llanamente Daram. Los consejeros intercambiaron entre sí miradas alarmadas.

En cambio, Aaronte empezó a sonreír.

—Ordeno la libertad de Yamel y la de sus compinches porque así lo

decido yo.

—Es un error —insistió el consejero, cada vez más acalorado—. No hay nada en las leyes de Solania que permitan tal cosa.

Daram soltó una risotada.

—Claro que sí existe un motivo que permita al rey perdonar las vidas que él desee; al menos en determinada circunstancia.

—¿Podemos saber qué pensáis?

—Sí —Daram se incorporó, tomó la espada y se dirigió hada la salida. Con el pie derecho puesto en el primer escalón, se volvió y dijo—: Conozco tan bien como vosotros las leyes, mis fieles consejeros. El rey de Solania —puede ejercer el perdón en cuantos desee bajo determinados acontecimientos que beneficien al reino. Son varios, pero en estos momentos es adecuado que me valga de mis próximos esponsales.

—¿Esponsales? —tartamudeó uno de los más ancianos consejeros—. No sabíamos nada... ¿Cuándo habéis decidido casaras?

—Anoche —respondió Daram—. Cuando una mujer valiente, apenas terminamos de amarnos, me lo confesó todo, y me mostró el brebaje que momentos antes no quiso verter en mi copa, dejándome inerte ante las armas de mi hermano y sus secuaces. Así, Vayla será dentro de breves días mi esposa, la nueva reina de Solania. —Miró burlonamente a los consejeros—. ¿Es suficiente motivo para otorgar la gracia del perdón a estos hombres?

Sin esperar la respuesta, comenzó a ascender ágilmente los gastados peldaños.

* * *

Olgul depositó las monedas sobre el mostrador y cogió las dos jarras de vino. Caminó entre las mesas ocupadas por mercaderes, mercenarios y granjeros y se dirigió hacia la que en un apartado rincón de la posada un hombre, cubierta la cabeza por una amplia capucha, parecía dormitar.

Depositó las jarras y carraspeó mientras se acercaba un taburete. Lentamente, el encapuchado se alzó y tomó la jarra, llevándosela a los labios. Hasta allí apenas llegaba el resplandor de los hachones, pero las facciones de Ka-Dol se iluminaron por unos segundos, el tiempo que tardó una gruesa camarera en pasar junto a ellos portando una aceitera encendida.

—Has tardado mucho, Olgul —susurró Ka-Dol mirando desconfiadamente hacia las mesas. Sólo la ausencia en la posada de guerreros de Daram les había impulsado a pernoctar allí aquella noche.

—He charlado unos momentos con el posadero, señor.

—Lo he visto. ¿Qué pretendías, maldito?

Olgul tragó saliva. Sabía que el mago no tenía depositada en él toda su confianza. ¿Acaso temía que le delatase? El soldado se sintió ofendido. Llevaba muchos años al servicio de Ka-Dol y las muestras de fidelidad que le había dado parecían no significar ahora nada. Tal vez su amo estaba excesivamente nervioso desde hacía dos días. El fracaso del ataque al palacio le había vuelto taciturno y siempre lleno de mal humor.

—Señor, el posadero me ha contado cosas interesantes. Esta mañana llegaron ricos mercaderes de la ciudad con noticias.

—Habla.

—El rey ha soltado a Yamel y los hombres supervivientes que intentaron asesinarle.

La jarra de vino que asía Ka-Dol tembló al ser depositada sobre la burda superficie de la mesa.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí, amo. Daram ha desterrado a su hermano y los demás. Ayer salieron de la ciudad en dirección a Amuria, según contaron los viajeros.

—¿Cómo ha sido Daram tan estúpido de perdonarle la vida? —casi estalló el mago—. El pueblo puede desconfiar de un rey tan débil…

—No, no. Daram ha sido indulgente con los conspiradores porque al mismo tiempo anunció su próxima boda para dentro de tres días.

¿Adivinas quién es la novia?

Ka-Dol movió la cabeza. De la oscuridad surgieron unas palabras pronunciadas en un idioma desconocido para Olgul.

—Puedo apostar que se trata de Vayla —graznó al fin.

—Ajá —asintió Olgul terminando con el contenido de su jarra.

—Tenemos que irnos de aquí cuanto antes —musitó Ka-Dol.

—Lo haremos mañana apenas amanezca, señor.

—¡No! Será ahora mismo. Yamel se dirige hacia Amuria, pero puede seguir durante dos jornadas el camino del norte antes de desviarse hacia el Este. ¿No comprendes que puede alcanzamos? Y no quiero ser el chivo expiatorio de la furia de ese bastardo si me agarra.

—Yamel puede haber comprendido que tú no eres culpable que la muchacha fracasara...

—¿Crees que me daría tiempo de explicar le algo? Apenas me viera usaría su espada para abrirme en canal.

—Es peligroso caminar de noche por estos caminos tan cercanos él la frontera. Los salteadores...

—No me ocultaré debajo de esta túnica, Olgul. Los salteadores nunca se atreven contra quien lleve sobre su pecho el distintivo de la Vieja Magia.

—Pero las habitaciones que tenemos concertadas y pagadas...

—Olvídalas. Ve a la cuadra y ordena que dispongan nuestras monturas.

Olgul se levantó y se encaminó hacia la salida, rumiando su mala suerte. Apenas hacía dos días que se las prometía muy felices. Sólo hubiera sido preciso que Yamel hubiese hundido su daga en la garganta de Daram. Entonces, él, como fiel siervo de Ka-Dol, habría gozado de alto privilegio en la corte, en donde nunca le habría faltado nada.

Meneó la cabeza para desechar aquellas ideas. Todo aquel futuro prometedor se había perdido para siempre. Ahora sólo era un proscrito bajo las órdenes de un mago caído en desgracia, perseguido por el rey y condenado a huir del país. Y, para colmo, un grupo de

desterrados estaban pisándole los talones.

Por un momento se preguntó si no le sería más ventajoso reducir a Ka-Dol y esperar la llegada de Yamel, entregándoselo. ¿Pero qué iba a ganar él dejando de servir a un mago arruinado para pasar a depender de un príncipe sin fortuna y condenado a vagar por las regiones fronterizas?

Había nacido en una aldea donde los magos-sacerdotes eran temidos. Creció en un ambiente de supersticiones, en donde se decía que quien traicionaba la confianza de un mago marchaba raudo a los infiernos en vida, sin pasar por el trámite de la muerte.

Escupió al suelo y salió al exterior. Las estrellas y las lunas gemelas le iluminaron el camino hasta la cuadra, donde relinchaban los caballos y ardía la fogata del encargado de las bestias.

CAPÍTULO III

Yamel vio a Kester conversar con el posadero, quien no cesaba de mover la cabeza. Al final, Kester le entregó una moneda de plata y el posadero dejó de mover la cabeza para hablar.

Kester retornó junto a Yamel y los cinco jinetes, detenidos bajo la sombra de los árboles a pocos metros de la posada.

—No está muy seguro, pero cree que, al menos, Olgul estuvo ayer noche aquí. Quien le acompañaba iba cubierto por una amplia túnica y siempre llevaba muy echada sobre la cara una capucha que le impedía distinguir las facciones. Al parecer pensaba pasar la noche en la posada, pero repentinamente se marcharon, a pesar de que habían pagado la estancia por adelantado. El tipo que responde a la descripción de Olgul le estuvo preguntando mucho acerca de las noticias que ciertos viajeros le trajeron de la ciudad el día antes. Por eso se acuerda un poco de él.

Yamel asintió.

—No nos llevan demasiada delantera. Les alcanzaremos.

Al atardecer, unos pastores les dieron información de dos jinetes que se dirigian hacia el Norte. Los acompañantes de Yamel mostraron su temor ante la decisión de su jefe de proseguir hacia el Norte.

—Si son Ka-Dol y Olgul están locos, señor —dijo Kester—. ¿Acaso piensan suicidarse internándose en los desiertos del Norte?

—Son ellos; estoy seguro. Y no desean buscar la muerte. Saben que estamos cerca y tratan de despistarnos haciéndonos creer que van hacia allí. Apenas se internen unas millas en el desierto girarán hacia el Oeste y penetrarán en Amuria. Anoche supieron que estábamos cerca y quieren hacemos creer que pretenden cruzar todo el desierto.

—¿Y si no es así?

—Por lo que han dicho los pastores no llevan demasiada carga, lo cual quiere decir que apenas cuentan con agua y pocos víveres. Te aseguro, Kester, que mañana les daremos alcance.

—¿Y después?

—Cuando haya visto el color de la sangre de ese falso mago y su esclavo iremos a Amuria.

—¿Supones que allí seremos bien recibidos?

—Astalon no es de fiar, pero siempre está necesitado de buenos guerreros. Al menos encontraremos por un tiempo un lugar seguro donde vivir. Luego ya pensaremos algo. ¡Vamos, que estamos perdiendo el tiempo!

* * *

Olgul bebió unos sorbos de su casi vacía cantimplora, la cerró cuidadosamente y la colocó dentro de la bolsa puesta detrás de la silla. Llevaba el caballo de las bridas, al igual que hacía Ka-Dol con el suyo, para darle algún descanso, pero no dejaban de avanzar por aquel árido paraje, rocoso y pelado.

Delante suyo, Ka-Dol dijo:

—A unas pocas millas encontraremos un pequeño oasis. Allí repondremos el agua. Muy poca gente lo conoce. Incluso podríamos

atravesar todo el desierto y alcanzar las regiones situadas al otro lado, que nadie sabe cómo son.

Terminó con una risotada y Olgul frunció el ceño. Presentía que su amo le decía aquello para ponerle nervioso. Con toda seguridad no tenía la menor intención de atravesar aquel mortal paraje, pero le amenazaba con ello constantemente porque sabía que Olgul temía enfrentarse al desierto.

El terreno ascendía. Se detuvieron y miraron hacia atrás. Dominaban toda la llanura que habían dejado a sus espaldas, los últimos árboles y pastos. Delante sólo encontrarían desolación, arena y piedras calentadas por el sol.

—Descansemos un rato —dijo Ka-Dol resoplando y sentándose a la sombra que proyectaba una cornisa pétrea.

Mascullando entre dientes, Olgul dio de comer a los caballos y luego se sentó al lado del mago. Se sentía demasiado cansado para comer algo. Por el rabillo del ojo observó a Ka-Dol, que miraba hacia el Norte, fijamente.

—Señor…

—¡Cállate! —le demandó el mago con un imperioso ademán.

—Pero… ¿qué sucede?

Ka-Dol se llevó el índice derecho a los labios. Luego, dijo:

—Escucha.

Olgul prestó atención y meneó la cabeza, añadiendo:

—No oigo nada. Aquí no hay ni siquiera una araña que se arrastre.

—Estás equivocado. He escuchado como un lamento, muy quedo —Ka-Dol se levantó y señaló hacia unas rocas—. Y parece proceder de ahí.

Olgul estaba empezando a decirse que la soledad y el calor habían afectado demasiado pronto a su amo, cuando creyó escuchar un quejido, pero tan tenue que por un momento lo confundió con el arrastrarse de una víbora a unos metros de ellos. Nerviosamente, desenvainó su espada.

—Sígueme —dijo el mago sacando una larga daga de debajo de su túnica. Se echó la capucha hacia atrás y empezó a caminar.

Dieron la vuelta a la roca que antes indicó Ka-Dol.

Lo que vieron les hizo detenerse.

Era un hombre, muy alto y delgado. Vestía de forma extraña, con un traje de una sola pieza, metálico y ajustado al cuerpo como una segunda piel. Brillaba al sol y su tono dorado hizo que los ojos de Olgul se abriesen desmesuradamente. Recordó leyendas de seres ex traños que vestían de oro puro. Apretó la espada con fuerza.

Avanzó dos pasos, pero al efectuar el tercero saltó a un lado. Había pisado algo blando. Bajó la mirada y vio una delgada serpiente partida en dos pedazos que aún se agitaba convulsivamente. Unos segundos después dejó de moverse.

—Es la Hacedora de Muertos de este desierto —susurró Ka-Dol agachándose. Con la punta de su daga la apartó lejos de sí. Entonces la parte de la cabeza llamó su atención. Se fijó donde había sido cortada por la mitad y juró que nunca había visto antes un corte tan limpio, que incluso había cauterizado la herida.

Entonces se volvió hacia el hombre. Si había sido él quien lanzó los gemidos de dolor ahora parecía totalmente muerto. Estaba inmóvil. Se fijó en el rostro. Era de facciones suaves, hermosas. De pronto llamó su atención las pequeñas orejas, aplastadas y puntiagudas, sonrosadas en los bordes en pleno contraste con la excesiva blancura de la piel.

Con aprensión, Ka-Dol le tocó la frente. Aún vivía.

Sus dedos se deslizaron sobre la metálica superficie de su traje, encontrándola tibia. Llegó hasta la mano y se encontró con un extraño objeto, como una especie de pequeño martillo de brillante metal blanco. Lo tomó y comprobó que no pesaba nada, demasiado ligero para ser un martillo o alguna clase de arma. Pero resultaba muy bello, como una extraña joya. Antes de guardarlo en su bolsa colgada de la cintura volvió a asegurarse que el hombre seguía con los ojos cerrados. Ahora sí notó que respiraba.

—Señor —susurró Olgul a su lado—, su traje vale una fortuna.

Ka-Dol arrugó el ceño.

—No es de oro. No conozco este metal, pero es demasiado duro para

ser oro. En cambio, si estoy seguro que este hombre fue atacado por la serpiente. Ha debido esparcir por su cuerpo una buena cantidad de veneno. Son increíblemente rápidas. Su color se confunde con el de las rocas y saltan con la velocidad del rayo. Mira, junto a esa extraña oreja derecha tiene las señales de los colmillos del reptil.

Conteniendo su miedo, Olgul se agachó más y contempló el lugar donde la serpiente había introducido el mortal veneno.

—Es extraño —musitó Ka-Dol—. El veneno es ultrarrápido. Este hombre debió caer fulminado. Sin embargo, aún tuvo fuerzas para cortar el reptil en dos, con un arma tan afilada que produjo un corte perfecto, cauterizando incluso la herida. ¿Dónde estará ese cuchillo?

Miraron alrededor y pronto se convencieron que allí no había ninguna arma blanca.

—Señor, este hombre es extraño —dijo Olgul—. No puede ser de estas regiones.

—Por supuesto que no, Tal vez procede del otro lado del desierto.

—Si allí hay seres como éste, no desearía ir por nada del mundo.

—Te da miedo, ¿eh? —sonrió el mago—. Este hombre aún vive y...

Súbitamente los ojos del hombre se abrieron y Olgul saltó hacia atrás aterrorizado. Ka-Dol permaneció a su lado, mirándole.

El hombre volvió a gemir. El color de sus ojos, vidriosos, era negro. Parpadeó, pareció descubrir a Ka-Dol inclinado sobre él y trató de sonreír. Muy despacio, su mano izquierda se alzó y se movió hacia aquella dirección. Intentó abrir la boca, pero el veneno de su organismo estaba, actuando rápidamente, sufrió una convulsión y desplomó la cabeza hacia un lado.

—Ha vuelto a desvanecerse —dijo Ka-Dol con inquietud—. Olgul, todo esto es muy extraño. Realmente este hombre debería estar muerto. Por sus venas debe correr veneno para acabar con seis hombres muy fuertes. Ha indicado hacia aquella dirección. Creo que deberíamos echar un vistazo. —Le tomó la mano y esperó hasta encontrar leves pulsaciones—. Aún vive. Asombroso. Es posible que al otro lado de esas rocas esté el campamento donde viva. Incluso puede haber otros como él. Si le llevamos podremos ganarnos su agradecimiento. Olgul, tú eres fuerte y puedes echártelo a la espalda. Sígueme.

Ka-Dol tuvo que repetir dos veces la orden. Temblando y lanzando imprecaciones, Olgul tomó al hombre y cargó con él. Su espalda era fuerte y notó, sorprendido, que no pesaba tanto como aparentaba por su altura.

Siguió a su amo, que avanzaba delante suyo, con decisión. Al alcanzar las rocas que el hombre parecía haber indicado se detuvieron desalentados. Allí no había nada. Olgul estuvo a punto de soltar su carga cuando Ka-Dol se lo impidió con un ademán, díciendo:

—Allí parece abrirse un sendero y esas rocas altas impiden ver lo que hay al otro lado. Es posible que el campamento esté allí.

El camino ascendía y Olgul jadeaba detrás del mago.

Su carga ya no le parecía tan liviana y miraba con irritación la figura ansiosa de Ka-Dol, que avanzaba cada vez más impaciente. Le vio perderse detrás de unos riscos y aprovechó para detenerse a resoplar.

De pronto escuchó la voz nerviosa del mago, instándole a reunirse con él rápidamente.

Olgul llegó a su lado. A causa del peso llevaba agachada la cabeza y sólo, cuando Ka-Dol se lo pidió, la alzó. El hombre que cargaba estuvo a punto de escapársele de las manos. Sus piernas temblaron y necesitó apoyarse sobre la roca más cercana.

El guerrero había estado dos veces junto al mar, en el puerto de Jiortland. Allí había visto las naves que surcaban los estrechos y llegaban hasta los lagos interiores del cercano continente. La primera vez se quedó maravillado ante la contemplación de los poderosos bajeles, con sus velas desplegadas y brillando al sol la reluciente construcción de madera pintada.

Ahora parecía estar viendo uno de aquellos barcos, pero sin mástiles ni velas desplegadas al viento. Sin embargo, era algo bastante más grande que los navíos que contempló dos veces amarrados a los muelles y entrar por la bahía, cruzando entre los dos faros.

Lo que Ka-Dol y él contemplaban tenía una ligera semejanza con los barcos, pero en lugar de ser de madera estaba construido con metal como si fuera de una sola pieza, pulido y cegador al sol. Yacía sobre unas elevadas patas metálicas y se acercaba en su apariencia a un plato ovalado, de alto borde.

—Esta vivienda… —Ka-Dol se detuvo, pensando que tal vez se

precipitaba al considerar aquello como una vivienda—. Lo que sea, de ahí procede este hombre, Olgul. Y no parece haber nadie.

—Señor —gimió Olgul—, estamos tentando a los dioses. Podemos despertar su ira. Tal vez lo que llevo a mi espalda sea un dios y…

Ka-Dol se revolvió iracundo contra él.

—¿Un dios? No seas estúpido. A un dios verdadero no puede afectarle el sucio veneno de un reptil. Y, mucho menos, ser sorprendido —por éste al atacarle. Tú has nacido en una aldea de la cual yo te saqué, pero no pude perder el tiempo dándote instrucción. No puedes comprender nada. Otrora, en el amanecer de los tiempos, vivieron en desconocidas regiones seres dotados de poderes casi tan omnipotentes como los de los dioses. Muchos los confunden, pero yo sé que fueron hombres, como tú y como yo.

Sin dejar de mirar hacia la mole metálica, Ka-Dol empezó a avanzar, muy despacio, pero con los ojos brillantes, ansiosos. Hizo señas a Olgul para que le siguiera y éste decidió hacerlo, considerando que quedarse solo iba a representar para él una situación aún más insostenible.

—Mientras muchos magos perdían su tiempo con el culto a los dioses, yo investigué en los viejos libros, en donde se recogen las crónicas que han sido olvidadas desde hace siglos, milenios. Nunca las estimé como meras fantasías de juglares, sino como hechos verídicos. Los fantásticos seres que configuraron este mundo vivían en ciudades irreales, luminosas, con carros que se movían en el aire y grandes máquinas que les realizaban toda clase de trabajos. Algo debió ocurrir, algo que les obligó a montar en sus enormes carros de metal y marcharse por la ruta del cielo hacia las estrellas.

Ka-Dol se echó a reír nerviosamente, se volvió y agregó, divertido por el profundo terror reflejado en los ojos de Olgul:

—Pero los viejos libros hablan que dejaron huellas, grandes señales de su esplendor. El hombre que consiguiera apoderarse de esa sabiduría sería el más poderoso de todas las naciones y gobernaría indiscutiblemente sobre ellas. Olgul, perro asustado, ¿por qué no ahuyentas tu miedo por un momento y piensas que hemos podido encontrar algo maravilloso?

Se detuvieron al pie de una de las patas de metal.

Allí el aire parecía vibrar, como si tuviese vida. Por primera vez, Ka-

Dol sintió miedo y respeto, todo junto en una rara mezcla. Alzó la mirada y la columna de aire vivo se perdía en el interior de un agujero circular situado bajo la mole de metal. Dentro brillaba una luz tenue, amarilla.

—Apoya aquí a ese hombre —dijo Ka-Dol a su siervo, indicando la poderosa pata metálica que sustentaba la construcción de metal.

Olgul no se hizo repetir la orden. Estaba deseando librarse de aquel peso y del contacto de la cálida piel de oro que vestía aquel ser extraño. Apenas lo hubo dejado en el suelo, dentro de la columna de aire vivo, retrocedió, asustado. Había sentido como si una desconocida fuerza tirase de él hacia arriba.

Había dejado al hombre sentado en el suelo, con la espalda apoyada sobre la pata. Con miedo indescriptible, contempló como el desconocido se alzaba sobre sus flácidas piernas primero y luego se despegaban sus pies del suelo. La fuerza que había sentido antes estaba llevándole hacía arriba, al interior del hueco circular donde la floja luz amarilla irradiaba un halo sobrenatural.

El hombre del traje dorado desapareció dentro, dejando a los dos hombres confusos. Ka-Dol temblaba, castañeteándole los dientes, mientras que Olgul, vencido por las emociones, hincó las rodillas en el polvoriento suelo y hundió la cara allí, protegiéndola con ambos brazos. Empezó a musitar casi olvidadas plegarias a los dioses.

Así estuvo largo rato. Por un momento creyó escuchar rumores de pisadas a su lado. Apresuró el canto de las plegarias, equivocándose varias veces, temiendo que los dioses estaban empezando a descender del interior de aquel templo de hierro.

Pero cuando se decidió a abrir los ojos y alzar unos centímetros la cabeza, no encontró a Ka-Dol a su lado.

Se arrastró por el suelo, sin volver la espalda al aire vibrante. No se detuvo hasta que tropezó con unas rocas. Sin atreverse a levantarse se quedó allí, dispuesto a recibir el castigo que los dioses hubieran decidido, seguro de que habían tomado primero a Ka-Dol y, dentro de poco, irían en su busca también.

Gimiendo, le llegó la noche, cubriéndole la oscuridad. Las lunas dobles aún no habían salido y sólo la luz que surgía del hueco circular rompía la monotonía negra del paisaje.

Olgul no sintió hambre ni sed. Tampoco sueño, aunque se sentía

terriblemente cansado.

Estoicamente, esperaba acontecimientos.

CAPÍTULO IV

Ka-Dol no era valiente, nunca se tuvo por un hombre temerario. Era un adolescente cuando fue aceptado por el gran mago-sacerdote Aaronte como discípulo. La profesión de las armas nunca le atrajo, porque era el camino más directo para encontrar la muerte. Le aterraba la idea de morir, de penetrar en el reino de los muertos a través del dolor producido por una muerte violenta.

Empero, en aquel momento se sintió como si su cuerpo no le perteneciera, como si la amenaza que pudiera cernirse sobre él no le repercutiera directamente. Con la mirada tendida hacia el círculo de luz por donde había desaparecido el cuerpo del ser extraño, avanzó hacia el aire viviente.

Tenía la mente clara, ausente de cualquier otra idea que no fuese la de proseguir hasta el fondo de aquel misterio, alcanzar a comprenderlo. Se hallaba ante algo demasiado grande y poderoso como para ser capaz de darle la espalda y arrojar lejos de sí tamaña oportunidad.

Se adentró dentro del silente torbellino y todo su cuerpo recibió una leve caricia. La sensación le resultó agradable.

Se sintió transportado hacia arriba. Empero, no pudo reprimir cerrar los ojos cuando atravesó el hueco y penetró en el reino de la luz amarilla. Cuando los abrió notó que alguna fuerza poderosa, aunque delicadamente, le depositó sobre un suelo suave, esponjoso.

Cerca de él, tendido boca arriba, estaba el hombre vestido de oro, con los ojos abiertos y latiéndole la vida con más fuerza que en el exterior. Ka-Dol se arrodilló a su lado. Astutamente, se dijo que si se había equivocado y al final tratábase de un dios, no estaría de más mostrarse humilde ante lo que parecía ser su inminente resurrección.

Entonces la mente del mago se llenó de secas voces, que al principio, al tiempo que intentaba rechazarlas, le resultaron confusas.

Mas lentamente, después de alcanzar cierta serenidad, las voces fueron adquiriendo una lógica.

Ka-Dol habia intentado adquirir los poderes paranormales que poseían algunos magos-sacerdotes, pero infructuosamente. Por lo tanto, le resultó fácil comprender que aquel hombre estaba comunicándose con él por medio de la telepatía. Empezó a respirar pausadamente. Durante sus fallidos entrenamientos había aprendido que ante un intento de transmisión telepática debía relajarse, convertirse en pleno receptor pudiendo así, incluso, llegar a enviar sus propias ideas.

Pero lo más importante era entonces saber interpretar lo que el ser tendido pretendía enviarle.

«*Puedo morir, nativo —escuchó dentro de su mente como si una átona voz le susurrase en lo más profundo—. Preciso de tu ayuda. Mis defensas corporales apenas si pueden luchar contra el veneno que fluye por mis venas. Asiente con la cabeza si me entiendes*.»

Vigorosamente, Ka-Dol asintió:

«*Estoy paralizado. No puedo moverme. Nadie, sino tú, puede ayudarme. Ya ha sido bastante que aún me conserve con mi vida y pueda alejar de mis organismos vitales el veneno. Pero éstos serán alcanzados pronto. Por favor, mira a tu alrededor y asiente otra vez si ves una puerta ovoidal al fondo de esta estancia*.»

Ka-Dol miró entonces por primera vez desde que ascendió al interior de aquella construcción de metal en donde se hallaba. Era una habitación grande, casi circular, llena de extraños dispositivos de metal, que brillaban en algunos puntos con rutilantes luces. Al fondo, descubrió la puerta a la que se refería el ser.

De nuevo movió afirmativamente la cabeza.

«*Dirígete a ella. Apenas te acerques se abrirá. No te asustes por lo que veas al otro lado. Nada puede hacerte daño. Pero limítate a seguir mis instrucciones. Verás una mesa con varias palancas. Una de ellas es roja. Bájala hasta el fondo y aguarda. Repito que lo que suceda entonces no debe causarte ningún temor. Te advertiré, de todas maneras, que las formas vivientes en apariencia que veas caminar delante tuyo no te harán ningún daño. Son seres artificiales que procurarán sanarme. Ahora están quietos y almacenados en...*,—la voz titubeó y añadió más lentamente, como si le costara mucho esfuerzo conseguir enviarle aquellas imágenes que se transformaban en nítidas ideas dentro del cerebro de Ka-Dol—. *Bueno, es una especie de pequeña alacena multidimensional*

capaz de alojar un gran número de ellos. Esos seres artificiales dispondrán lo suficiente para curarme. Pueden hacerlo. Pero antes de dirigirte a la puerta deberás tomar un aro de oro que encontrarás colocado junto a la gran mesa que hay en esta sala. El aro me lo encajarás en la cabeza, sobre la frente. ¡Date prisa, por los dioses en que creas!»

Trémulo, el mago anduvo por el mullido suelo, buscando afanosamente la mesa. La vio pronto. Sobre ella, un aro de delgadísima lámina de oro. Con sumo cuidado, como si temiera quebrarla, lo tomó entre sus manos. Entonces se sorprendió al notarIo tan duro. Regresó al lado del hombre y con delicadeza se lo ajustó a la cabeza. Los ojos del hombre brillaron con más intensidad, como si pretendiera agradecerle lo que estaba haciendo por él.

«*Ahora ve a la otra habitación y baja la palanca. Hazlo dos veces y serán dos seres artificiales los que surjan del... almacén.*»

Ka-Dol se sentía como flotando en una nube cuando caminó hacia la puerta ovoidal. Apenas estuvo a un metro de ella cuando se dividió en dos, corriendo a ambos lados. Penetró en la otra estancia. Delante suyo estaba la mesa con las diversas palancas, cada una de un color. Al lado, un alto rectángulo adosado a la pared que brillaba intensamente. Difuminado, parecía que un hombre alto estuviese allí, quieto, sin vida. El mago atisbó un poco y creyó descubrir docenas de seres como aquél situados detrás, en larguísima fila, como si una serie de espejos los fuesen reproduciendo hasta el infinito.

Notó que empezaba a sudar, a pesar de la agradable temperatura que allí reinaba. Su temblorosa mano se apoyó sobre la palanca roja y no necesitó de todas sus fuerzas para hacerla bajar. Esperó que subiese lentamente y la volvió a descender. Luego presencio, paralizado, cómo el rectángulo brillante aumentaba la intensidad de su luz y el ser que estaba allí quieto cobraba vida y empezaba a caminar. Su presencia bidimensional era ahora de tres dimensiones, no una mera imagen. Unos segundos después, otro ser idéntico le siguió, caminando ambos pausadamente en dirección a la sala donde yacía el hombre.

Cautelosamente, Ka-Dol asomó la cabeza por el marco ovoidal y vio cómo los dos seres, que el hombre había llamado artificiales, se inclinaban y lo tomaban entre sus poderosos brazos, llevándolo hasta un rincón y depositándolo sobre una larga mesa blanca.

Caminando de puntillas, como si temiera que la atención de los dos gemelos se volviese hacia él, Ka-Dol no quiso perderse nada de lo que estaba aconteciendo. Deglutiendo, se atrevió a mirar de frente a uno

de aquellos extraordinarios seres.

No tenían rostro. Sus cabezas eran lisas, exceptuando unos puntitos rojos brillantes situados en el centro, donde debería estar la nariz, y formando triángulo con el vértice hacia abajo. Sin embargo, todo lo demás tenía apariencia humana. Eran como unos muñecos que se movían bajo un soplo de vida divino. Más sereno, Ka- Dol se percató que al mover los brazos, a la altura de los codos, la azulada y brillante piel, como de metal, se arrugaba.

Empezaba a comprender. Todo empezaba a resultarle sencillo, al menos bajo su rudimentaria interpretación. Desvió su mirada hacia el hombre del traje de oro y vio que el aro de su frente parpadeaba.

¡Con el aro transmitía órdenes a los seres artificiales!

Y aquellos seres estaban curándole, actuando en su cuerpo con desconocidos instrumentos. En un período de tiempo increíblemente corto, Ka-Dol comprendió que el hombre estaba recobrando sus fuerzas. Lo supo porque de nuevo su mente volvió a captar mensajes telepáticos, pero esta vez con más fluidez y mayor nitidez.

Desmadejado, Ka-Dol se sentó en el suelo cruzando las piernas y cerró los ojos. Como una vorágine, el hombre le instruyó y relató una fantástica narración de cómo había llegado hasta allí procedente de una tierra situada más allá de las estrellas. Era un hijo de un viejo planeta, un mestizo de aquellos seres que un día partieron a la conquista de las estrellas, hicieron un enorme imperio que milenios después perdieron y ahora, conseguida la paz después de una larga y cruenta guerra, pretendían recobrar.

Aquel ser dijo pertenecer a una clase de místicos hombres encargados de recorrer los viejos planetas donde una vez estuvieron sus lejanos antepasados, rescatarlos de la barbarie donde podían estar sumidos. Era un explorador, sencillamente.

Y aquellos muñecos gigantes, azules, sus servidores. Pero el hombre de las estrellas había sido imprudente y salió de la nave sin tomar precauciones. Una humilde serpiente le sorprendió y casi estuvo a punto de causarle la muerte, dejándole lejos de la nave, sin posibilidad de activar a los muñecos para que pudieran librarle del veneno.

Ka-Dol jadeaba, mientras lo escuchaba todo. Se sentía desfallecido, pero al mismo tiempo más fuerte intelectualmente. Sin darse cuenta, el hombre de las estrellas le vertía unos conocimientos a velocidad de vértigo. Le explicó dónde estaba su mundo, lo que era la nave y cómo

podían manejarse por medio del aro de oro a aquellos hombres metálicos, que él llamó robots y que era una palabra que para Ka-Dol nada significaba hasta entonces.

El mago lo asimilaba todo, a la vez que se preguntaba con inquietud si aquel hombre que estaba recobrando su salud rápidamente no conseguiría también leer sus pensamientos. Aquello le asustó, porque mientras asimilaba conocimientos, su mente forjaba planes, proyectos, basados en todo cuanto tenía a su alcance.

«*Pronto podremos comunicarnos verbalmente, mi buen amigo* —decía el *hombre de las estrellas*. Y Ka-Dol notaba su alborozo. Los llamados robots estaban terminando de cerrarle las heridas—. *Te enseñaré mi lengua. Llamaré a mis compañeros y les diré donde está este planeta, poblado con nuestros antiguos hermanos, Llegarán por miles para traeros la dicha, la paz y la abundancia. Tú serás recompensado y…*»

Muy despacio, Ka-Dol se había acercado hasta la mesa. Pasó, no sin cierto temor, ante los dos robots y se situó detrás de la cabecera de la camilla. Observó que los ojos del hombre de las estrellas giraban para intentar verle.

Ka-Dol cerró los ojos y apretó los dientes cuando su mano derecha se aferró con fuerza a la empuñadura de su daga, la levantaba y bajaba con furia contra el pecho del hombre tendido.

Aún llegaron a su mente los gritos desesperados de dolor, de despecho y desengaño del ser. Solo cuando la daga se hundió por quinta vez sobre el corazón, Ka-Dol se vio libre de los atormentadores reproches.

Jadeante, resoplando ruidosamente, miró a los dos robots azules. Ambos se habían quedado quietos, en posición de firmes. Muy despacio, Ka-Dol tomó el aro de oro, no pudiendo evitar un estremecimiento al rozar los cabellos cortos y duros del muerto, de cuyas heridas salía sangre roja a borbotones, que resbalaba por la mesa y caía al suelo.

Se ajustó el aro, sintiéndolo caliente aún de la frente del que había asesinado.

Apenas lo hubo hecho, se sintió fuerte, poderoso, dominador sobre los dos seres azules que permanecían quietos a los lados de la camilla, interrumpida su acción salvadora.

¡Ahora, él, Ka-Dol, era el dueño de todas aquellas maravillas!

No lo había aprendido todo, pero sí lo suficiente como para saber que habíase apropiado de un poder inconmensurable. Por ejemplo, era el amo absoluto de los robots. Por medio del aro de oro podría gobernarlos, hacer de ellos sus más fieles esclavos.

Era como si pudiese ver a través de los agujeritos en forma de triángulo colocados en la lisa cara. Intentó moverlos y en seguida las recias figuras de metal azul anduvieron por la estancia. ¡Era cierto lo que le dijo el ser de las estrellas, que él estaba sanándose a sí mismo por medio de las hábiles manos de los robots!

Agotado, Ka-Dol resbaló hasta el suelo, quedando allí jadeante. Pensó que posiblemente había sido un poco precipitado al matar tan pronto al hombre estelar. Había cortado el suministro de conocimientos que le estaba vertiendo. Pero entonces había decidido que si quería matarle, arriesgándose a ser detenido por la acción de los robots y dejaba que le adivinara las intenciones, nunca más podría apoderarse de todas aquellas riquezas.

Decidió olvidarse de los compañeros del hombre estelar. Este le había dicho que aún no había podido comunicarse con ellos. ¿Cómo podría hacerlo? Apenas se formuló la pregunta cuando su mente, aunque de forma nebulosa, le dio la respuesta. En la nave existían medios para hablar a distancia, aunque a él no le habían llegado los conocimientos precisos para hacerlo.

Daba igual. Tenía lo más importante: el poder sobre aquellos seres. Por el momento disponía de dos, pero en la otra habitación, alojados misteriosamente en tan reducido espacio, debían quedar aún muchos más. Y sabía cómo activarlos.

De pronto se acordó de Olgul. Aquel infeliz había quedado abajo, postrado de hinojos y temblando de miedo. Se preguntó si había terminado huyendo, aunque sabía que era tan medroso que ni siquiera habría tenido el valor de regresar donde estaban los caballos.

Pero antes tenía muchas cosas que hacer. Lentamente, venciendo el cansancio y las emociones, se levantó.

Se dirigió hacia el agujero. Con cierta aprensión colocó primero el pie

derecho sobre el vacío y lo pensó dos veces antes de dejarse caer por allí. Se encogió de hombros. De todas formas, la altura no era demasiado grande, apenas unos doce codos. Saltó.

Se sorprendió al ver cuán rápidamente había transcurrido el tiempo. Era de noche, una negra noche sin lunas. Cuando el poderoso aire, amortiguando su caída le dejó sobre el suelo, llamó a Olgul a gritos.

Tuvo que repetir la llamada varias veces, hasta que por fin, de la oscuridad surgió una temblorosa figura, que se le acercó muy despacio.

Ka-Dol no pudo reprimirse y estalló en carcajadas.

No sólo lo hizo ante la ridícula figura de su siervo, sino porque precisaba librarse de la tensión acumulada últimamente.

—Ven, Olgul. No tengas temor —dijo el mago alzando sus brazos—. Y contempla las maravillas de las que soy dueño.

* * *

Yamel estaba dispuesto a desistir en su persecución.

Varias veces habían perdido las huellas dejadas por Ka-Dol y su siervo, pero las volvían a encontrar y entonces el leve pensamiento de volver grupas se desvanecía.

Su deseo de venganza le hacía superar el atávico miedo de todos los hombres valientes hacia aquel enorme desierto. Intuía que Ka-Dol estaba cerca. Apenas tendrían que adentrarse unas millas más.

Apenas habían transcurrido tres horas desde que amaneció cuando Kester, que se había adelantado, les gritó desde lo alto de una colina. Espolearon los cansados caballos y se reunieron con él. Desde aquel sitio, siguiendo la dirección hacia donde indicaba Kester, vieron dos caballos bajo la sombra de una amplía cornisa de piedra.

Yamel tuvo que parpadear varias veces. Un poco más a la derecha de los caballos, estaba Ka-Dol, mirándoles directamente.

—Me vio apenas coroné esta colina, señor —dijo Kester desconcertado —: Incluso me hizo señas. Al parecer está muy contento por habernos

visto.

—El sol debe haberle dañado la mente —gruñó Yamel—. O tal vez cree que le perdonaré su sucia vida. Vamos allá.

Los siete jinetes hicieron que sus cabalgaduras bajasen la colina y se dirigieron despacio hacia donde el mago parecía estar esperándoles impaciente.

Yamel, cuando los acontecimientos no respondían a su rudimentaria lógica, desconfiaba. Y era totalmente irracional que Ka-Dol se enfrentase a ellos. ¿Cómo era posible tal cosa? Sabían que había estado huyendo de ellos, que en la posada se enteró que él y sus amigos habían sido perdonados por el rey y abandonado la capital. ¿Por qué ahora, después de recorrer tantas millas, les hacía frente, con una segura sonrisa en los labios?

Miró desconfiadamente por los alrededores, temiendo que tal vez Ka-Dol hubiese contratado los servicios de una partida de mercenarios. Pero no había rastros de ellos. Incluso no veía al fiel Olgul, aunque sí estaba allí su caballo.

—¡Yamel, te saludo! —le gritó el mago.

Y los jinetes se detuvieron a una docena de metros de él. Yamel presentía que el mago podía estar intentando hacerle caer en una trampa. Empero, estaba allí, delante suyo y sin armas a la vista.

—¡Ka-Dol, hijo de serpiente —gritó Yamel—, te he perseguido a lo largo de muchas millas para abrirte en canal! ¡Tu sucia sangre empapará este desierto!

—Señor, te recomiendo serenidad. No huyo de ti. Por el contrario, sabía que llegarías hasta aquí hoy y te he estado aguardando.

—¿Estás loco? Me engañaste, falso mago. Y por ello te voy a matar. Fui un estúpido al confiar en ti, al creer que podrías hacer que yo matase a Daram blandiendo él *La Flamígera*, lo cual me daría el poder del pueblo y la admiración de sus ejércitos.

—Tú serás rey de Solania, mi señor. Te lo juro por los dioses.

Yamel se echó a reír nerviosamente.

—¿Es que intentas engañarme de nuevo? Tan necio me supones que te volveré a creer? Si así lo has pensado para salvar tu vida...

—Nada de eso, señor. Ahora dispongo de los medios suficientes para que tú derrotes a los ejércitos solanitas que se atrevan a hacerte frente. Te aseguro que antes de cien días entrarás triunfante en Solania, y antes de un año serás emperador del mundo.

Yamel parpadeó ¡El pobre Ka-Dol había sufrido una insolación! Aquella situación empezaba a cansarle. Hizo una indicación a dos de sus hombres, que la entendieron y desenvainaron sus espadas, bajando de los caballos. Se dirigieron sonrientes hacia Ka-Dol.

Pero el mago no se movió. Cuando los dos asesinos estaban a sólo cuatro o cinco metros de él, su cabeza se movió y todos pudieron ver el aro de oro que resplandecía sobre su frente.

Entonces, de detrás de la roca en forma de cornisa, surgió un guerrero armado de una larga y ancha espada, quien caminando pausadamente, se colocó al lado de Ka-Dol.

Aunque llevaba el yelmo que ocultaba sus facciones, Yamel no pudo por menos que sonreírse. Reconoció la armadura de Olgul, su vieja cota de malla. Olgul nunca fue un diestro espadachín. Uno solo de los dos hombres que se había adelantado sería suficiente para hacerle morder el polvo. Yamel gritó:

—¡Ordín, mata primero al esclavo de Ka-Dol y luego traedme la cabeza de éste!

Y se arrellanó en la silla, dispuesto a divertirse.

CAPÍTULO V

A Ordin nunca le gustó Olgul. En varias ocasiones discutió con él a causa del juego o las mujeres. Ordin retó a Olgul, pero éste siempre rehuyó la pelea.

Era un cobarde, pensó Ordin blandiendo su espada.

Le iba a matar con sumo placer. Alzó su arma, indicando a su contrincante que le daba la ventaja de iniciar el ataque.

Ka-Dol retrocedió unos pasos de espalda, sin dejar de sonreír.

Olgul empezó a moverse delante de Ordín, con la espada baja, casi rozando la punta en la tierra.

—¡Yamel! —gritó Ka-Dol—. Si quieres salvar la vida de tu amigo ordénale que vuelva contigo, que no se enfrente a mi guerrero. Entonces podremos discutir. Debes escuchar lo que te ofrezco.

El desterrado príncipe le contestó con una sonora carcajada.

Ordín se cansó de que Olgul no empezase la lucha y lanzó una finta. La otra espada la paró y Ordin retrocedió asombrado. Era como si hubiera intentado golpear un muro de hierro. El otro ni siquiera había perdido una pulgada de terreno. Además, había movido la espada con la velocidad del rayo.

—¡Eh, Ordín, acaba con él pronto! —le gritó su compañero.

Ordin lanzó varios tajos que Olgul fue parando con increíble facilidad. Lo que más irritó a Ordin fue que no parecía tener ninguna prisa por acabar con él. Cada mandoble que daba se estrellaba contra el filo de la espada que empuñaba desmadejadamente Olgul, pero con increíble fortaleza.

Mientras que Ordin usaba las dos manos para manejar la suya, Olgul solo empleaba una, la cual no podía hacer retroceder.

—Ayuda a Ordin —ordenó Yamel impaciente al otro guerrero—. O no vamos a terminar nunca.

Olgul se vio atacado por los lados. Aunque se movía cada vez más aprisa, no pudo impedir que varias veces los aceros contrarios le alcanzasen. Pero seguía luchando imperturbable, aunque su vieja cota de malla empezaba a convertirse en jirones.

—¡No es Olgul! —exclamó Kester—. Ese guerrero es más alto que Olgul, el cual nunca luchó de esa manera.

Yamel se mordió los labios. Dejó de mirar a los combatientes para observar a Ka-Dol. El mago sonreía levemente, con plena confianza. ¿Qué estaba pasando?

Inesperadamente, el guerrero vestido con los atavíos de lucha de Olgul empezó a moverse más rápidamente, manteniendo a raya a sus dos adversarios. Ambos intentaban atacarle desde posiciones opuestas, pero siempre se encontraban con que sus golpes eran parados. Los escasos ataques que parecían alcanzar al solitario guerrero no le

afectaban. ¡Y muchos tenían trazas de ser mortales! .

El guerrero hizo un molinete y su poderosa espada casi cortó en dos por la cintura al compañero de Ordín; pero éste aprovechó los escasos segundos y asestó un golpe de arriba abajo contra la cabeza de su enemigo.

El yelmo saltó roto en dos pedazos, pero la cabeza del guerrero no siguió el mismo camino. Lentamente, se revolvió hacia Ordín, quien paralizado por el miedo, con los ojos desorbitados puestos en el liso rostro brillando en azul, bajó la guardia.

Al siguiente segundo, Ordín caía al suelo atravesado a la altura del corazón.

Entonces, el guerrero, con su cota de malla destrozada, se quedó inmóvil.

Despacio, Ka-Dol caminó hacia Yamel, cuya palidez no era menor que la de sus hombres.

—Señor —dijo el mago señalando hacia donde el guerrero permanecía quieto, indiferente a los dos cadáveres que yacían a sus pies, ésta es una pequeña muestra del poder que poseo, y yo, tu humilde siervo, te ofrezco.

—,Ka-Dol —dijo roncamente Yamel—, he visto cómo ese guerrero ha soportado golpes mortales, que un ser humano no hubiera podido resistir. ¡Y no ha vertido una sola gota de sangre! ¿De dónde has sacado ese demonio disfrazado con la cota de malla de Olgul?

—Los dioses han escuchado mis plegarias y me han otorgado sus favores, mi señor. ¿Podemos hablar ahora? Por favor, desmonta y sentémonos a la sombra a discutir los términos de nuestra alianza. ¿Qué te parece llegar a ser el amo de todo el mundo y yo tu lugarteniente?

—Si tanto poder posees, ¿por qué no te apoderas tú del mundo? ¿Para qué necesitas mi colaboración?

Ka-Dol rompió a reír.

—Señor, un mago no haría bien su papel de rey. Tú llevas sangre real en tus venas. Para ti el honor de sentarte en el trono.

—¿Y para ti?

—Me contento con tener tanto poder como tú. ¿Por qué no compartirlo ambos? Mutuamente nos necesitamos para conquistar primero todas las naciones y luego mantenerlas bajó nuestra obediencia.

—¿Con un solo guerrero por muy fuerte que parezca?

Es poderoso, pero nunca vi a nadie pelear con tan poca soltura.

—Es cuestión de tiempo. ¿Me creerías si te dijera que éste ha sido su primer combate? ¿Cómo será después de recibir más instrucción? Además, ese guerrero es solo una muestra. En breve tiempo podemos disponer de cientos de ellos, tal vez miles.

Yamel descabalgó y se acercó receloso a Ka-Dol.

—Ka-Dol, mi viejo amigo —dijo intentando esbozar una sonrisa que el mago recibió irónicamente—, no soy merecedor de tu perdón, pero acepto esta alianza.

Se acercaron al guerrero y Yamel se estremeció al estar al alcance de la sangrante espada, a pesar de la inmovilidad de su dueño.

—Por los dioses, Ka-Dol —musitó Yamel—. Esto no es un hombre. ¿Un demonio tal vez?

Ka-Dol asintió:

—Es posible que sea un demonio, pero nos servirán para dominar el mundo.

—Discutamos los términos de la alianza —dijo Yamel.

* * *

El consejero Karas contempló al rey Daram y la reina Vayla ascender por la escalinata de piedra en dirección a la atalaya. Se volvió hacia Aaronte, susurrándole al oído:

—Se ven felices, mi viejo amigo. ¿Será posible que lo que parecía ser sólo una precipitada y política decisión de Daram se haya convertido en un acierto pleno?

—No lo dudes —sonrió Aaronte—. Nuestro rey es feliz en su matrimonio, y el pueblo adora ya a su reina. Particularmente, a mi no me sorprendió que Daram se desprendiese de sus concubinas apenas transcurrió una semana de su boda.

—Creo que todas ellas eran muy bellas.

—Pero ninguna como la reina Vayla.

Aaronte se adelantó para recibir a la regia pareja.

Se inclinó ante ellos y dijo:

—Señores, el cortejo de Astalon ya es visible desde aquí.

Daram llevaba del brazo a su esposa. Por un momento se apartó de ella y estrechó la mano al anciano mago, sonriente. Luego, caminó hacia las murallas. Varias docenas de guerreros de su guardia real montaban guardia a lo largo de la muralla. El pueblo, en buena proporción, había acudido aquella mañana también para asistir a la reunión prevista. A duras penas, los guardias los mantenían alejados en las murallas, apartados de la atalaya real.

El rey se acercó al muro de piedras y apoyó ambas manos en él, mirando hacia el horizonte. Notó en seguida la proximidad de Vayla, que colocó su mano tibia sobre la suya.

—Me temo que la presencia de Astalon te traiga malos recuerdos, querida —dijo Daram.

—Así es. Mi padre le servía en la frontera, pero cayó en desgracia por impedir que yo fuese enviada a la corte de Astalon —respondió Vayla, estremeciéndose.

—Olvida eso. Ahora eres mi esposa, la reina de Solania.

—¿Por qué ha venido Astalon?

—Solicitó una tregua. No tuve más remedio que concederla. Aunque nuestros reinos no mantengan buenas relaciones no guerreamos desde hace tiempo. Es mejor así.

Aaronte se acercó con el ceño fruncido.

—Amuria parece tener dificultades, señor —dijo—. De hecho, desde hace semanas todas las fronteras que lindan con el norte tienen problemas. Pero los de Astalon son mayores. Supongo que viene a

pedir tu ayuda, Daram.

La comitiva se había detenido a unos doscientos metros de las murallas de la ciudad. Había un centenar de guerreros y nobles amurianos, además de varias docenas de esclavos, que comenzaron inmediatamente a levantar un amplio y lujoso cobertizo. A respetable distancia de los amurianos, un regimiento de lanceros solanitas permanecía expectante. Habían acompañado a Astalon y su hueste desde la frontera hasta allí.

—Debo reunirme con Astalon —dijo Daram—. El sol está en el cenit. Así lo acordamos.

Besó a Vayla y, seguido de Aaronte, descendió por la escalera de piedra. Abajo, junto a la entrada, le aguardaba un carro de guerra. El auriga sujetaba con fuerza las bridas y los dos poderosos caballos relinchaban impacientes. Detrás, cien guerreros de la guardia real, con sus corazas y cotas de mallas doradas, esperaban.

Daram subió al carro y se volvió para enviar a Vayla un saludo. Luego una señal y los centinelas empezaron a mover las gruesas puertas de madera guarnecidas de acero.

El auriga fustigó los caballos y el carro saltó hacia delante. El capitán de la caballería gritó una orden y los cien guerreros espolearon sus cabalgaduras.

Al dejar atrás las murallas, Daram pudo percibir los gritos del pueblo situado sobre las murallas, vitoreándole. Se aferró a los asideros del carro con una mano, mientras que la otra se apoyaba sobre la empuñadura de *La Flamígera*. Su cálido contacto le reconfortó.

En medio de una nube de polvo, el carro se detuvo a poca distancia de la tienda recién levantada. A ambos lados de ella formaba la tropa de Astalon, quien diligente y con una leve sonrisa en sus labios, se acercó a recibir a Daram.

El rey de Solania saltó del carro y ambos hombres se miraron en silencio unos segundos. El protocolo exigía que el visitante se inclinase primero. Así empezó a hacer Astalon y Daram, siguiendo la costumbre, se lo impidió, fundiéndose los dos en un abrazo.

Más tarde, en el centro de la fresca tienda, sentados sobre mullidos cojines, a solas, los dos soberanos, con sendas copas de vino en las manos, seguían mirándose con evidente recelo.

Astalon se movió nervioso y apuró de un trago el contenido de su copa. Entonces Daram bebió un poco, apenas humedeciéndose los labios.

—Serás rey por mucho tiempo, Daram —sonrió Astalon—. Eres desconfiado. Sólo has bebido después de haberlo hecho yo. ¿Temías algún veneno?

—Pudiera ser.

Astalon tocó las palmas y las cortinas —fueron echadas sobre la entrada de la tienda desde el exterior.

—Suceden cosas graves en esta tierra, Daram —dijo el amuriano.

—Debe ser así cuando has recorrido durante muchas jornadas para venir hasta mi ciudad.

—Tú sabes algo, estoy seguro.

—¿Por qué lo supones?

—Tus fronteras están más vigiladas que nunca.

—Es cierto. Varias granjas han sido saqueadas, muertos sus dueños y robados los ganados. ¿Qué sucede en tu reino?

—Es mucho peor. Tres aldeas y una ciudad han sido arrasadas. ¡Y todo en menos de una semana!

—Creía que disponías de un buen ejército.

—¡Y así es, maldita sea! —estalló Astalon—. La ciudad estaba bien guarnecida, con muros defensivos de cinco codos. No eran tan fuerte como las tuyas, pero sí suficientes para detener a bandas de salteadores, de mercenarios fugitivos. Pero la ciudad cayó en pocas horas. No quedó allí nada sino cadáveres. Los pocos que pudieron huir me contaron cosas asombrosas.

—Explícate.

—La tropa que se presentó ante la ciudad no era muy numerosa y los defensores se dijeron que estaban locos al atreverse a atacarlos. Pero apenas comenzó el asedio se dieron cuenta de su error. Apenas llegaban a cuatro docenas de guerreros los que se lanzaron al ataque, mientras que el resto permaneció alejado, a la expectativa.

»Esa cincuentena de hombres, cubiertos de armaduras negras de pies a cabeza, con un simple escudo de cuero y una larga espada de doble filo, de las más pesadas, que sólo es posible manejar con ambas manos, se lanzaron en silencio, calmosamente, empuñando sus grandes armas con una sola mano, como si no pesaran nada.

»Las defensas cayeron ante ellos rápidamente. Mis soldados son valientes, Daram, pero tuvieron que retroceder ante esos guerreros que recibían en sus cuerpos golpe tras golpe de espadas, mazos y lanzas, además de una lluvia de flechas. ¡El acero traspasaba sus cotas de malla, sus aceros y seguían combatiendo!

»Cuando llegaron al cuerpo a cuerpo empezaron a combatir como demonios, destrozando a mis hombres con saña, aunque sin furia, como si estuvieran haciendo un trabajo rutinario. Luego llegaron los demás guerreros que habían permanecido alejados. Lo hicieron aullando, lanzando gritos de victoria. Se dedicaron a saquear, a robar.

»Cuando se marcharon al anochecer la ciudad ardía y cientos de hombres y mujeres jóvenes se marcharon con ellos, encadenados.

Daram había escuchado en silencio, con atención. No había movido un solo músculo de su rostro. Aunque le parecía un fantástico relato, hubiera sido un indicio de poca hospitalidad dar muestras de no creer a Astalon.

Además, los confusos relatos de las rapiñas efectuadas en sus propios campos coincidían en parte con lo expuesto por Astalon. Las granjas siempre fueron atacadas por hombres vestidos con armaduras negras como la noche sin lunas. Y nunca cayó ninguno de ellos ante la defensa que sus dueños ofrecieron.

—Esa gente proviene del norte, Daram —dijo excitado Astalon—. Nadie sabe quiénes son, pero uno de los supervivientes de la ciudad arrasada juró que entre los segundos asaltantes, los que parecían humanos y no llevaban las caras ocultas por las viseras de sus cascos, estaba tu hermano, el príncipe Yamel.

—¿Estás seguro?

—Por los dioses, yo no lo vi con mis ojos, pero quien lo afirmó tuvo ocasión de conocerle hace unos años; y es de fiar, ningún loco.

—¿Vienes entonces a mí pensando que Solania es culpable porque uno de los tuyos dijo que Yamel estaba entre los asaltantes?

—Oh, no. Sé que Yamel intentó arrebatarte el trono y... —Astalon sonrió ladinamente—. Tal vez lo sepa todo, más o menos desvirtuado, pero las noticias de la expulsión de Solania de Yamel me llegaron a su debido tiempo. No puedo culparte a ti ni a tu reino, pero...

—¿Qué, Astalon?

—Ambos tenemos la amenaza de esa endiablada gente en nuestras fronteras comunes. Los ataques vienen del norte, estoy seguro, de los desiertos. Parece una locura, pero es así. Cuando se retiran se internan en él. Una vez los siguió una patrulla y regresó con la noticia que viven en un gran campamento junto a un oasis hasta entonces secreto, que nadie sabía de su existencia.

Daram arrugó el ceño. Recordó que una vez le contó Aaronte que él, hacía muchos años, descubrió en los desiertos norteños un oasis. Entonces le acompañaba, aún joven, el aprendiz Ka-Dol. Se preguntó si aquello era una coincidencia tan sólo.

—¿Sabes exactamente dónde está ese oasis?

—Concretamente, no. La patrulla fue sorprendida y huyó, pero salieron en su persecución y los mataron a todos menos a uno, que consiguió llegar hasta la corte. Moribundo pudo contarlo todo, aunque muy confusamente —Astalon tomó un mapa de encima de la mesa y lo extendió. Señaló un punto, haciendo un círculo con el dedo—. Ese soldado sólo pudo decir que el oasis está en esta zona, sin concretar nada más.

Daram estudió el punto indicado en el mapa, maldiciendo que fuera tan impreciso. El círculo trazado por Astalon suponía muchas millas cuadradas.

—Tienen agua en abundancia, pero de vez en cuando han de bajar al sur para procurarse carne fresca y frutas. En mi opinión están organizándose, Daram.

—¿Para qué?

—¿No lo entiendes? Si continúan así dentro de poco tiempo serán tantos que se lanzarán a la conquista de mí reino... o el tuyo. Los prisioneros que toma los obliga a que sirvan a su lado.

—¿Estás seguro que ninguno de esos guerreros fue abatido ninguna vez?

—Me temo que no. Al menos nunca dejaron ningún cadáver. Son invencibles. Parecen demonios surgidos del profundo infierno.

—Pero combaten con armas y corazas de los mortales. Bien, Astalon, ¿qué es lo que quieres?

—Es sencillo. Que unamos nuestras fuerzas. Un poderoso ejército puede rastrear todo el área donde se supone está el oasis. Debemos acabar con el enemigo en su propio terreno. Entre ambos podemos formar una fuerza capaz de vencerlos.

Daram entornó los ojos, pensativo.

—Debo consultar lo con el Consejo Real. Mañana te contestaré.

Astalon parecía disgustado.

—No puedo esperar. Ya ha sido una temeridad por mi parte abandonar mis tierras. Tardaré tres largas jornadas en regresar. Necesito una respuesta enseguida.

—Está bien. Regresa cuanto antes. Te enviaré un mensajero que te alcanzará apenas llegues a tu país. Si su respuesta es afirmativa prepara tus tropas, avituállalas bien y aguárdame en las colinas del Peiotoh.

—De acuerdo, Daram. Pero recuerda que por ahora mi reino es el más amenazado. Luego, el tuyo lo será.

—Estoy seguro de ello —respondió Daram, poniéndose en pie, pensando en la posible presencia de Yamel en todo aquel asunto.

CAPÍTULO VI

A pesar de las muchas veces que había entrado allí, Olgul no podía reprimir un profundo estremecimiento cuando acompañaba a su amo, siguiéndole como una sombra en medio de aquellos artefactos misteriosos y que tanto pavor le producían.

—Vamos, no te quedes ahí parado como un imbécil y sígueme —le conminó Ka-Dol desde el interior de la puerta ovoidal.

El mago lanzó unas imprecaciones y observó cómo la temblorosa

figura de Olgul se dirigía hada él. Se sonrió interiormente, volviéndose hacia la mesa con las palancas de colores.

Olgul penetró y se quedó junto a la puerta, mirando aprensivamente el rectángulo donde medio se dibujaba la recia figura de uno de aquellos seres de piel azul, de liso cráneo y cara sin facciones.

—¿Están todas las armaduras dispuestas? —preguntó Ka-Dol.

—Sí, amo. Hay treinta dispuestas, con sus armas y escudos. Los artesanos de Yamel están terminando otras tantas ...

—¿Es que Yamel no se ha convencido que con el casi centenar de guerreros que dispone son suficientes para vencer al más poderoso ejército? ¿Para qué quiere más?

Olgul se encogió de hombros. Estaba sudoroso. Durante toda la mañana había estado transportando con la carreta las armaduras desde el campamento del oasis hasta lo que Ka-Dol llamaba su santuario, y al cual nadie le estaba permitido acercarse. Ni siquiera Yamel podía hacerla, lo cual le enfurecía de vez en cuando. Ahora, en el exterior, estaban apiladas las pesadas armaduras, dispuestas a cubrir a tres decenas de nuevos guerreros azules que surgirían como por arte de magia del interior del rectángulo resplandeciente.

Olgul maldijo a Yamel. Cuando la noche anterior le protestó por sus constantes demandas de más guerreros invencibles, Yamel le replicó, riendo, que él, Ka-Dol, se había comprometido a proporcionarle los que necesitara.

—Quiero terminar de someter a Amuria —había dicho Yamel, mostrando los cientos de esclavos que aún permanecían encerrados detrás de las empalizadas custodiados por los incansables guerreros ataviados de armaduras negras—. Estos están a punto de jurarme fidelidad. Ya están maduros para hacerlo. Aparte de tus tropas del infierno, querido Ka-Dol, preciso seres pensantes. En Amuria tendré todas las fuerzas que necesite para rendir a mi hermano y sentarme en el trono que me pertenece. Quiero entrar en la capital seguido de un poderoso ejército, capaz de hacer temblar a todos los solanitas, que nunca duden que a partir de entonces yo seré su rey. Tú quieres armaduras para encubrir el raro aspecto de tus guerreros, ¿no? Pues bien. Tengo docenas de artesanos forjando armaduras y espadas.

Ka-Dol acarició la palanca roja. Por su parte Yamel tendría todos los guerreros que quisiera, pero las dudas le asaltaban y le hacían recelar que pudiera complacerle. Ignoraba cuál era el límite que la misteriosa

máquina poseía para proporcionar más robots. Al parecer la hilera seguía siendo numerosa, dentro de su apariencia bidimensional Pero existía el problema de la energía.

En los escasos datos (ahora comprendía que eran insuficientes) que el ser estelar le había proporcionado, no estaba la respuesta adecuada para tranquilizarle. Sabía, empero, que toda aquella nave funcionaba con una energía incomprensible para él, pero que temía llegara a agotarse. Tenía una ligera noción que los robots se mantenían en funcionamiento por el poder que en algún rincón de la nave emanaba. Si tal fuerza llegara a agotarse antes de culminar los proyectados planes...

Con un suspiro, Ka-Dol bajó la palanca. Al instante, un nuevo robot azul surgió del rectángulo. En un segundo Ka-Dol, mediante el aro transmisor de órdenes, le instruyó adecuadamente. El robot se dirigió hacia la salida, bajó por el aire vibrante. Pensó que estaría en el exterior, enfundándose una de las armaduras. Luego tomaría la espada y el escudo y se encaminaría hacia el oasis, situado a varias millas, reuniéndose con sus demás compañeros.

—Deja de temblar —gritó el mago a Olgul al verle palidecer cuando el robot pasó por su lado.

—No puedo remediarlo, señor —tartamudeó el siervo.

—Eres un cobarde.

—¿Por qué no consientes que Yamel entre aquí, señor?

Cuando partí esta mañana le vi con escondidos deseos de seguirme.

—Yamel no es un cobarde, pero sí un supersticioso. Teme todo lo que no comprende. Yo le he dicho que si se acerca a mi santuario romperá el hechizo y los hombres azules que le están dando gloria se paralizarán, cayendo al suelo sin la vida artificial que les anima. No te preocupes por Yamel. Yo sé cómo manejarlo.

Ka-Dol cerró los ojos al impulsar de nuevo la palanca.

Otro robot surgió, perdiéndose en seguida por el hueco. Luego, otro, y otro. Cuando hubo contado quince se detuvo. Se volvió y vio a Olgul contando torpemente con los dedos. Le gritó;

—Si, sé que faltan. Pero por hoy es todo lo que Yamel tendrá. Regresa al oasis y dile que por el momento los dioses no me entregan más de

sus demonios, como él los llama. Ya tiene más de cien, dispuestos a obedecer sus órdenes verbales.

Olgul se marchó corriendo y Ka-Dol regresó a la: estancia inmediata. Allí se sentó en uno de los cómodos sillones. Lentamente, su mirada se deslizó hasta la mesa donde semanas antes había acuchillado al ser de las estrellas. Aún quedaba sobre ella una mancha de sangre, ya negra.

—Recordó cuando ordenó por medio del aro de oro, que nunca se quitaba, a los robots para que se deshicieran del cuerpo. Aquello supuso para él una lección. A los robots había que ordenar les precisamente, sin vaguedades.

Los dos muñecos azules tomaron al ser estelar entre sus poderosos brazos y lo llevaron hasta el pequeño cuarto situado arriba. Curioso, Ka-Dol los siguió, viendo como una compuerta circular adosada a la pared se abría y allí era introducido el cadáver. Luego la puerta se cerró. Aunque Ka-Dol intentó abrirla después de echar afuera a los robots, sus dedos no hallaron ni la más leve ranura de separación. Sólo aparecía un dibujo fuertemente trazado en la pared.

El había ordenado a los robots que se deshiciesen del cadáver, pensando que lo llevarían al exterior, enterrándolo. Aquella reacción le enseñó a precisar las órdenes. Después no se atrevió a mandar que el cuerpo fuera sacado de allí. Estaba en una estancia pequeña, que no necesitaba para nada. El gran sillón situado delante de unos tableros salpicados de complicados objetos y rutilantes luces sólo serviría para darle dolor de cabeza si intentaba interpretarlo, además de poder cometer un error irreparable si tocaba algún instrumento.

Ka-Dol sólo manipulaba en aquellas cosas que sabía para qué servían, en las escasas que el ser estelar le había instruido. Se preguntó lo que habría llegado a saber de aquel recinto si hubiera dejado ser enseñado hasta que el ser hubiera considerado suficiente.

Cerró los ojos. Tomó del plato colocado en el suelo un trozo de carne ya fría, de la comida que diariamente le llevaba Olgul desde el oasis. Masticó lentamente.

Después de arrojar el hueso sonrió divertido. Yamel estaba tan seguro de su fidelidad hacia él que se había vuelto arrogante, desdeñoso incluso. Ka-Dol pensó que posiblemente el saberse obedecido por los robots le había hecho creerse dueño absoluto de ellos. El muy idiota no sabía que aquello era posible porque él lo permitía. Sólo se limitaba a imponer a los robots que salían del rectángulo obediencia

plena a Yamel, convirtiéndolos en segundos guerreros capaces de matar a quienes no luciesen los distintivos del príncipe. Obviamente, sabían reconocer a sus compañeros cubiertos por las especiales armaduras negras.

Los robots obedecían a Yamel cuando escuchaban sus órdenes verbales, pero Ka-Dol podía contradecir éstas siempre que lo deseara mentalmente, por medio de su aro de oro.

Soltó una carcajada. Si Yamel pensaba servirse de él sólo por el tiempo necesario para apoderarse de los reinos vecinos se iba a llevar una desagradable sorpresa.

Ka-Dol sabía perfectamente que no podía confiar en Yamel. Apenas intuyese que la traición estaba muy cercana, acabaría con él. Por el momento le necesitaba, pero sólo por muy poco tiempo. Apenas estuviese formado el ejército que precisaba, bien podía dejar de necesitarle, una vez demostrado a los hombres reclutados de grado o a la fuerza que el verdadero amo era él.

* * *

Kester guardó el afilado puñal con el que había estado arañando la bruñída superficie azul del guerrero desposeído de la armadura negra. Al fondo de la tienda, sentado sobre una silla cubierta de pieles, Yamel le había estado observando.

—Este metal es difícil de perforar, señor —reconoció Kester, tomando una jarra de vino—; apenas he conseguido arañarlo. Sin embargo, creo que unos golpes de espada dados en las articulaciones o en el cuello pueden ser efectivos.

Yamel asintió. Ya anteriormente él habíase dado cuenta de ello. Dirigiéndose al estático guerrero, le dijo:

—Vístete con la armadura y regresa a la tienda con tus demás compañeros.

Henchido de orgullo, Yamel observó como el ser de metal azul se colocaba con eficacia la armadura, tomaba espada y escudo y abandonaba la tienda. Cada vez que contemplaba la obediencia de sus invencibles guerreros sentía una infinita satisfacción.

—Hasta el momento no hemos perdido ninguno dé esos demonios, pero me pregunto cómo reaccionarán los hombres que reclutamos cuando uno de ellos caiga en combate —dijo Kester, pensativo.

—Será igual. Por una o varias bajas no nos perderán el respeto. Los hombres que capturamos se enrolan en nuestras filas entusiasmados, pensando en las riquezas que poseerán cuando conquistemos los reinos adyacentes. Los amurianos, sobre todo, no son demasiado fieles a su rey Astalon.

—Disponemos de ciento veinte guerreros negros. ¿Por qué Ka-Dol no nos ha proporcionado hoy los treinta que le pediste?

Yamel se encogió de hombros.

—Déjale en paz. Ese tipo tiene que demostrar, de vez en cuando, que puede contradecirme. Si es feliz así…

—Me hubiera gustado tener más tropas de ésas, Yamel —dijo preocupado Kester—. Nuestros vigías nos han dicho que Astalon tiene casi todas sus fuerzas en las colinas Peiotoh, aguardando la llegada de Daram al frente de su ejército. Siempre pensé que el hombre de Amuria que escapó dijo dónde estaba nuestro campamento.

—Así será mejor, amigo —sonrió Yamel—. Aunque se unan los reyes de Amuria y Solania no podrán vencernos. Nuestra fuerza de choque acabará con un puñado de ellos, y cuando retrocedan asustados nuestros guerreros humanos los terminarán de aniquilar. Así entraremos en sus naciones sin apenas resistencia. ¿No supones que es mejor combatirlos en los comienzos del desierto que en su terreno, con sus bases de aprovisionamiento cerca de ellos?

»De todas formas mañana haré llamar a Ka-Dol y le diré que nuestro enemigo se aproxima. No tendrá más remedio que entregarme todos los guerreros que su magia sea capaz de conseguir.

—No me gusta que Ka-Dol nos niegue entrar en su santuario. ¿Por qué?

—Te confieso que yo no tengo el menor deseo de hacerlo…, por el momento. He visto su santuario de acero desde lejos y reconozco que me quita su aspecto el deseo de acercarme.

—Señor, ¿nunca te ha inquietado la forma con que Ka-Dol dispone de esos guerreros inhumanos e invencibles? ¿Cómo consiguió ese poder? ¿Le crees cuando afirma que es un don otorgado por los dioses?

Yamel hizo un gesto ambiguo.

—No lo sé ni me importa por el momento. Pero te aseguro, mi fiel Kester, que sigo sin fiarme un pelo de Ka-Dol. Cuando considere llegado el momento me desharé de él.

—Es peligroso.

—Lo sé. No confío en mi poder sobre sus guerreros. Ka-Dol puede arrebatármelo si lo desea. De otra forma no me lo habría otorgado. Le dejaré confiarse, hasta que yo mismo descubra cómo lo hace para dominarlos, para crearlos.

Kester rió con fuerza. Bebió y llenó otra vez su jarra. —Me hubieras defraudado si te oyera hablar de otra forma, señor.

—Juré que mataría a Ka-Dol y yo nunca quebranto mis promesas. Sólo he demorado un poco su cumplimiento.

CAPÍTULO VII

Las verdes colinas de Peiotoh estaban cubiertas por un mar de tiendas de lona, caballos, carretas, manadas de reses y soldados.

Daram había ordenado plantar su tienda cerca de la de Astalon y miraba hacia ella. El sol hacía apenas un par de horas que había surgido por el horizonte. El momento de la partida estaba cerca. A su lado, el anciano Aaronte permanecía pensativo.

—Aunque mi memoria ya no es tan buena como hace unos años, Daram, estoy casi seguro que el oasis donde se supone que acampan las huestes agresoras es el mismo que descubrí en compañía de Ka-Dol.

Daram asintió. La noche anterior, Aaronte había señalado el punto exacto donde suponía que estaba el oasis, en presencia de Astalon, quien propuso salir al día siguiente de exploración, aportando cada rey dos mil hombres. Daram asintió. Le parecía sensato efectuar primero un reconocimiento. A poca distancia de las fértiles colinas se extendía el tenebroso desierto, en donde los cuatro mil hombres

congregados significaban una fuerza difícil de maniobrar en un lugar tan árido, con el consiguiente impedimento de cargar una gran cantidad de agua y vituallas. Si descubrían la guarida de los agresores podrían regresar por el grueso de las tropas y entablar batalla directa.

Astalon salió de su tienda seguido de varios de sus generales. Su armadura relució en oro al sol. Se detuvo delante de Daram y asintió risueño, dirigiendo su mirada hacia la espada que pendía del cinto del rey de Solania. Comentó:

—*La Flamígera*, el regalo que los viejos dioses hicieron a los monarcas de Solania. Si no conociera la tradición me atrevería a pedirte el favor de dejármela blandir algún día.

Daram respondió con una enigmática sonrisa, observando como Astalon, girándose hacia Aaronte, le preguntaba:

—Tú, mago, guardas grandes y viejos conocimientos. También eres el cronista del reino de Solania. Dime, ¿es cierto que el arma-símbolo de tu rey fue un legado de los dioses primitivos antes de retirarse a las estrellas?

Aaronte interpeló a Daram con la mirada. Al recibir de éste el consentimiento, respondió:

—La leyenda es confusa, señor. Empero, durante muchas generaciones los reyes de Solania mantuvieron libre su reino gracias al poder de la espada.

La mirada de Astalon bajó hasta la enjoyada empuñadura que Daram acariciaba.

—Celebro tenerte como aliado, Daram. Nunca te vi luchar con esa espada, aunque me han contado mucho acerca de ella, de su gran poder cuando la empuñas. Ojalá ahora nos sirva para vencer a nuestros enemigos.

Saludando con una leve inclinación, Astalon retrocedió, montando en el armado caballo que sostenía un criado. Tomó lanza y escudo y se dirigió colina abajo, a ponerse al frente de su batallón formado fuera del extenso campamento.

Antes que Daram montara para reunirse con las tropas dispuestas a ponerse en marcha, Aaronte, tomándole del brazo, recomendó:

—Sé prudente con Astalon. Si ha buscado esta alianza es porque no se

considera lo suficientemente fuerte para vencer a Yamel.

Daram frunció el ceño. Era la primera vez que Aaronte admitía que Yamel estuviera implicado directamente en los misteriosos ataques en las fronteras.

Pero Aaronte ya le había vuelto la espalda y se encaminaba hacia la tienda real. Daram picó espuelas, el caballo protestó y cabalgó raudamente, cruzando el campamento, ante la presencia respetuosa de soldados solanitas y amurianos.

Abajo, cuatro mil hombres alzaron sus armas, flamearon las banderas y a los gritos de los oficiales la columna se puso en marcha. Ambos reyes la encabezaban.

* * *

Yamel bajó la mano con la que había estado protegiéndose los ojos para observar el avance de la columna armada. Dijo a Kester, que permanecía a su lado, sosteniéndole la larga espada de combate.

—Van directamente al punto que nos conviene —sonrió—. Ese Ka-Dol es un demonio. Acertó cuando dijo que al aliarse Astalon con Daram el viejo Aaronte recordaría el oasis que descubriera hace años, indicándoselo a mi hermano y su flamante aliado.

No había otro camino para internarse en el desierto en dirección al oasis que aquel paso, de no más de veinte metros de ancho que se prolongaba por casi mil. Durante muchos minutos el pequeño ejército de exploración estaría en una situación precaria. Las patrullas de descubierta que enviasen los aliados no podrían descubrir a tiempo la trampa que le estaban preparando.

Miró hacia atrás y contempló con orgullo los tres centenares de guerreros cubiertos con las armaduras negras. Todos sostenían lanzas de más de cuatro metros de largo. Sobre sus poderosas espaldas colgaban jabalinas y las grandes espadas que un hombre normal no podría manejar. Del cinto, las demoledoras porras erizadas de aguzados clavos. Muy atrás, cinco mil jinetes y dos mil arqueros reclutados entre las aldeas fronterizas y atraídos desde otros países por el oro que ofrecía Yamel. Eran mercenarios, pero la mayoría profesionales de la guerra, eficaces soldados, obedientes mientras

cobrasen su soldada.

Yamel había conseguido obtener de Ka-Dol un mayor número de demonios azules, a pesar de sus protestas. ¿Por qué estaba resultando Ka-Dol tan mezquino al proporcionarle soldados invencibles si al parecer los obtenía con milagrosa facilidad? Yamel meneó la cabeza con disgusto. Sólo las noticias que traían los espías respecto a la reunión de los ejércitos de Solania y Amuria en las colinas cercanas al desierto parecieron decidir al mago a dotarle del mínimo número de soldados que necesitaba para afrontar el peligro.

—Kester, cuando esta batalla termine tendremos libre el camino hacia los reinos de Solania y Amuria —rió Yamel.

—No olvides que éste es sólo una parte de los que están acampados en las colinas.

—Pero sus jefes máximos vienen delante de éstos. ¿Qué harán los demás generales que han quedado en el campamento cuando lleguen hasta ellos las noticias del desastre?

Un oteador llegó corriendo hasta ellos, ascendiendo los últimos metros con dificultad.

—Señor, la columna se está dividiendo en dos.

Yamel se adelantó hasta el borde del precipicio, mirando hacia la estepa. Agudizó la vista. Efectivamente, los guerreros se estaban dividiendo. La mitad de ellos seguían cabalgando hacia el angosto paso, mientras que el resto se desviaba hacia el este.

—Es Astalon quien viene hacia nosotros —masculló Yamel—. Bien, es igual. Primero nos encargaremos de los amurianos y luego exterminaremos a Daram y sus hombres.

Una hora más tarde, los primeros hombres de Amuria entraban en el paso.

Yamel ordenó a su escuadrón negro atacar, atacar hasta que no quedase un enemigo con vida.

* * *

Daram pensaba en Vayla. Tenía fijo en su mente eI rostro entristecido de su amada al despedirse de ella al pie de las murallas de la ciudad.

La ruidosa llegada de un mensajero le sustrajo de los pensamientos. El hombre tenía el rostro demudado cuando le informó:

—Señor, el rey Astalon está siendo atacado.

Era un amuriano y estaba muy pálido, como si acabara de haber visto al rey de los demonios que habitaban en las profundidades del mundo.

—Es horrible, señor. Mis compañeros están muriendo a montones. La vanguardia de la columna, apenas estaba alcanzando el otro lado del paso, fueron atacados por esos diablos de armaduras negras. Cuando Astalon ordenó la retirada fuimos interceptados por miles de arqueros y mercenarios.

—¿También demonios?

—No, eran hombres como nosotros, pero los soldados estaban tan asustados, que desoían las órdenes de los oficiales y no formaban los cuadros...

Era bastante, se dijo Daram. Gritó instrucciones a sus generales y espoleó su montura para ponerse en cabeza. Regresaban al punto donde se habían dividido. Pensó en Astalon; pero se recriminó él mismo. El rey de Amuria había dicho que debían dividirse puesto que se encontraban cerca del supuesto oasis, para así alcanzarlo desde dos puntos distintos y reforzar el factor sorpresa. Daram opinó que aquello disminuiría su poder y...

Pero ya era tarde para lamentarse. Su aliado estaba en un apuro, aunque tal vez todavía pudiese llegar a tiempo para socorrerle. Llamó la atención de un grupo de mensajeros y les gritó unas órdenes. Inmediatamente, los hombres partieron hacia el sur, hacia las colinas.

De todas formas, se dijo Daram, el grueso de las tropas acampadas en Peiotoh no podrían estar junto a ellos tan pronto como hubiera querido. Tardarían más de un día en llegar.

La columna solanita se lanzó al galope. El rumor de la lejana batalla ya llegaba a sus oídos y los montes pelados y calientes al sol eran visibles.

Algunos jinetes desperdigados empezaron a ser vistos. Huían hacia cualquier dirección, enloquecidos por el miedo. Algún grupo, al

descubrir a los solanitas se detuvieron y a regañadientes o con buena voluntad, se unieron a las fuerzas de socorro.

Daram bajó la mano hasta su espada y la empuñó con fuerza. Con rapidez la extrajo de la vaina, la agitó al aire y lanzó el grito de guerra de los reyes de Solania.

Al brillar al sol la reluciente hoja, los guerreros respondieron alborozados, aullando frenéticamente. Veían el símbolo del poder de su rey, la legendaria *Flamígera*.

Daram se estremeció. A través del brazo sintió la fuerza del acero mitológico. No era la primera vez que lo notaba pese a que con ella había luchado muchas veces. Se sintió seguro. Los guerreros invencibles iban a probar el poder de los viejos dioses.

Al acercarse a la entrada del paso Daram ordenó disminuir la marcha y esperó unos instantes que su tropa se reuniese en denso grupo. A causa del galope se habían dispersado excesivamente. Cuando sus generales le fueron gritando que sus pelotones estaban dispuestos, Daram bajó el brazo armado y apuntó hacia donde se combatía.

Unos cientos de amurianos intentaban abrirse paso a través de una densa cobertura de mercenarios que aún no se habían percatado de la llegada de los solanitas. Daram ordenó que dos centurias de su caballería se desviasen hada la derecha para impedir que los arqueros situados en los flancos continuasen hostigando a los fugitivos amurianos.

Entonces ordenó la carga contra las líneas mercenarias que cortaban la retirada de los sorprendidos amurianos.

El encuentro fue brutal. El estrépito del acero al entrechocar fue ensordecedor.

La Flamígera empezó a actuar.

El acero manejado por Daram parecía estallar en una orgía de fuego cada vez que se estrellaba contra el metal de una espada o el de una cota de malla.

Daram fue formando un camino en medía de los mercenarios. Su guantelete especial forrado de fino cuero y defendido de acero sintió los ramalazos de energía que desprendía su espada. A través de las finas rendijas de su yelmo, con los ojos entornados por el resplandor de los estallidos de *La Flamígera*, no pudo reprimir el respeto que

siempre sentía hacia aquella mortal arma cuando la manejaba.

La ancha hoja de acero atravesaba brazos armados y pechos defendidos con acero. Cuando llegaba a la carne ya estaba encendida en rojo, incendiada, hacía arder la piel. La víctima se desplomaba mortalmente herida, y apenas él retiraba el acero, éste perdía su fuego y se tornaba rápidamente frío, hasta que de nuevo su dueño lo impulsaba contra otro cuerpo o el metal de otra arma que trataba de detenerle.

La Flamígera, al estrellarse contra una espada, rompecabezas o lanza, parecía aullar, su calor aumentaba e incluso llegaba a fundir el valladar hostil que se le interponía.

Jadeante, Daram se volvió y observó la retaguardia.

Sus hombres estaban también luchando y parecían llevar la mejor parte en aquel primer comienzo del combate, ya que los mercenarios de Yamel retrocedían y los arqueros habían abandonado las alturas desde donde disparaban sus nubes de flechas.

A su lado, el rey notó la cálida presencia de sus nobles, generales y aguerridos soldados. El pasillo que habían iniciado al comienzo del paso era ya casi tan amplio como éste. Al final, el polvo levantado por las pisadas de cientos de hombres formaba una densa nube. Daram sabía que allí se combatía, que era en ese lugar donde se decidiría la batalla.

¿Y Astalon? El amuriano deberia estar en la vanguardia de sus tropas, si es que aún no había caido. Gritó a sus guerreros que intentasen localizarlo y prestarle ayuda si...

Calló. Delante era una vorágine enloquecedora, los gritos de furia y lamentos de dolor crecieron. Docenas de pálidos y sucios guerreros luciendo los colores de Amuria llegaban corriendo, arrojando sus armas al suelo, sobre los cadáveres.

Golpeándoles con el plano de las espadas y hostigándolos desde sus caballos, los solanitas intentaron contener aquella retirada enloquecida.

Daram agarró con todas sus fuerzas las bridas de su caballo y abatió a dos mercenarios que se le acercaron por el flanco. Ambos cayeron decapitados, rodando sus cabezas humeantes. Pero dejó de prestar atención a la desbandada. Miró hacia el fondo del paso, intentado taladrar el polvo seco y áspero.

Las primeras figuras embutidas en negras armaduras y adelantando sus larguísimas lanzas surgieron del caos, pasando por encima de los muertos y rematando a los heridos.

Daram deglutió con esfuerzo y trató de hacer llegar a sus pulmones un poco de aire. Notó que sus tropas vacilaban y las arengó para que apretaran las filas. Luego hizo una señal a su enlace, quien se llevó la trompeta a los labios y tocó la señal convenida para que la retaguardia lanzase sus cortinas de flechas.

El aire silbó sobre sus cabezas y cientos de varas de puntas afiladas de acero cayeron sobre las filas de guerreros negros. Daram lo contempló estático. Era la primera vez que podía ver a los temibles lacayos de Yamel, los invencibles soldados que luchaban a pie y eran capaces de contener la más poderosa caballeria y acabar con ella.

Parpadeó cuando vio que las flechas caían sobre los guerreros, sobre sus cabezas ocultas tras los cascos, sobre los hombros y pechos. A sus oídos llegó el seco y prolongado ruido de las flechas atravesar el metal de las armaduras y cotas de malla.

Pero los guerreros negros continuaban avanzando hacia ellos, lanzas en ristre en la derecha y gran espada en la izquierda.

El trompetero dispuso que cesasen los arqueros de disparar a indicación de Daram, y éste, levantando su brazo armado, bramó la orden de ataque.

Cientos de cascos retumbaron en el paso y Daram, al frente de su escuadrón, se lanzó contra la muralla de lanzas.

Daram movió La Flamígera en abanico, convirtiendo en pavesas las maderas de las lanzas contrarias. Luego buscó con ahínco el blanco de los cuerpos cubiertos de metal negro.

A su alrededor todo se convirtió en una locura. Apenas escuchó relinchar de dolor a su caballo, al ser herido de muerte. Cayó al suelo y se incorporó cuando un enemigo alzaba contra él una ancha espada con una sola mano, mientras que con la diestra aun sostenía el resto de una vara de lanza chamuscada.

Daram se revolvió y levantó su *Flamígera*. El arma ardió al contactar contra la cota de malla de su contrario y siguió penetrándole a la altura del corazón.

El rey de Solania rechinó los dientes y sintió una tremenda vibración

en su mano derecha mientras sentía que *La Flamígera* aumentaba el fuego. Percibió un romper de hierros, un entrechocar de fuerzas ocultas en el interior del guerrero negro.

Cuando tiró de la espada sintió miedo. Nunca la había visto derrochar tanta energía. Estaba al rojo blanco y precisó más tiempo que nunca para enfriarse. Pero tuvo que observar el coloso herido. Se había quedado con el brazo alzado, inmóvil, como si de una estatua se tratase.

Los rumores, pensó, debían ser ciertos. Aquellos guerreros no eran humanos, sino abortos del infierno adoptados por un hombre, a cambio de su alma.

Tuvo que pasar por el lado del extraño cadáver y ocuparse de su vida. Dos guerreros más se dirigían hacia él. Uno movía vertiginosamente un rompecabezas erizado de púas y el otro usaba una de aquellas espadas grandes, que debían resultar pesadísimas y un hombre no podría manejar si no era con ambas manos.

Daram tuvo tiempo de comprobar que sus hombres estaban siendo aniquilados por los demás guerreros negros, desmontados de sus moribundos caballos y destrozados con saña. Luego, apretando los dientes, se revolvió contra la pareja enemiga.

Tuvo que moverse con toda la rapidez que sus reflejos y el peso de sus arreos de guerra le permitían. El rompecabezas saltó por los aires y asestó un tajo con todas sus fuerzas, que hizo desprender el brazo derecho de su contrincante, pero éste, increíblemente, se agachó y tomó una espada abandonada, como si la pérdida del miembro no lo hubiera sentido.

Cuando iba a enfrentarse con el segundo guerrero sintió que era rodeado de varios soldados solanitas, que desmontados se habían acercado a él huyendo de la presión del enemigo, tal vez buscando una protección milagrosa proporcionada por *La Flamígera*. Habían visto cómo su monarca podía acabar con los guerreros, mientras que ellos no conseguían con sus armas simples ni hacerlos tambalear.

Los caballos sin jinetes aumentaban la confusión y Daram, de un vistazo, se dio cuenta que habían perdido el contacto con el resto de las tropas, que volvían grupas e intentaban salir del paso en total desorganización.

Con furia, manejó la espada, describiendo a su alrededor un círculo de fuego. Casi cegado, escuchó hervir el acero. Pero los guerreros negros

estaban acabando con sus amigos, sus soldados, y estrechando el cerco al cada vez más disminuido grupo.

Algo golpeó en su brazo y luego sintió que le herían en alguna parte del cuerpo. Se tambaleó al caer un general sobre él, traspasado por una lanza. Con horror, sintió que *La Flamígera* se escurría de entre sus cansados dedos.

Pisoteó sobre un montón de muertos e intentó recuperarla. Pero una figura negra se interpuso. La cachiporra de acero cayó sobre su casco y las tinieblas le rodearon.

CAPÍTULO VIII

Al abrir los ojos, Daram pasó de las tinieblas de la inconsciencia a la oscuridad de la noche. Los picachos del paso ocultaban los discos blancos de las dos lunas, pero su resplandor se proyectaba en las paredes contrarias y pudo distinguir algo, aunque penosamente.

Se movió y consiguió apartar el cadáver que había caído sobre él. Sintió que sus manos estaban llenas de sangre, restregándoselas en una capa hecha jirones.

Se alzó un poco y descubrió que algunas figuras se movían entre los cientos de cadáveres. Al fondo, un carromato estaba siendo cargado con las armas que los mercenarios recogían. Las luces de las antorchas se agitaban descompasadamente.

Al parecer ya hacía rato que habían pasado por allí. Daram no vio ninguna arma cerca. Se las habían llevado todas.

Además, también habían desaparecido los cuerpos de los tres o cuatro guerreros negros que él había abatido. «¡Sólo tres o cuatro de aquellos feroces enemigos a cambio de casi dos millares de magníficos y valerosos soldados!», pensó Daram, estremeciéndose.

Y debía dar las gracias a su espada. Las afiladas espadas normales nada podían contra ellos, a pesar de que las corazas negras que los cubrían eran traspasadas; pero debajo había carne inmortal.

Desesperado, llegó a la conclusión que sería inútil intentar encontrar *La Flamígera*. Aunque no debió haber caído muy lejos, los encargados de llevarse todas las armas la habrían hallado. Pero ¿se habían dado cuenta de lo que era?

Como si fuera una respuesta a su pregunta, una voz lejana llegó hasta sus oídos:

—Vamos, malditos idiotas. Recordad dónde estaba la espada del rey Daram; es preciso encontrar su cuerpo para llevarlo ante Yamel. Veinte piezas de oro para quien lo vea primero.

Así, los hombres de Yamel le estaban buscando ahora a él. Daram se movió unos palmos, arrastrándose por encima de los muertos. Bajó la mirada y lo que descubrió le hizo comprender por qué no le habían identificado. Estaba lleno de suciedad y sangre seca. Parecía el más humilde soldado, no el rey de Solania.

Muy despacio se quitó el casco. Las doradas plumas habían desaparecido y estaba abollado. El golpe que le privó del sentido debió ser brutal. Casi milagroso resultaba que aún continuase con vida y la cabeza entera.

Las antorchas oscilaron al acercarse a él los buscadores.

Tenía que salir de allí, pensó Daram deslizándose a rastras entre cuerpos humanos y caballos despedazados.

El olor ya empezaba a ser molesto. Apenas saliera el sol sería imposible continuar allí. Alcanzó las rocas y se levantó, pegando la espalda a la pared. Sus manos encontraron el frío tacto de una espada corta. Estaba limpia. Quien fuera su dueño no había tenido ocasión de usarla. Palpó el grabado de Solania. Había sido uno de sus hombres.

Retrocedió a lo largo de la pared, sumiéndose en las sombras. Debía darse prisa porque las lunas pronto estarían sobre el paso y proyectarían su luz directamente sobre él. Cualquiera que se moviera sería descubierto por los grupos que avanzaban desde el fondo.

De vez en cuando los buscadores se detenían; habían encontrado a un herido y se entretenían en rematarlo una vez que se habían asegurado que no se trataba de quien buscaban.

Apretando los dientes, Daram saltó detrás de unas rocas. Ahora los muertos eran, en su mayoría, mercenarios de Yamel. Estaba donde él arremetió con sus hombres primeramente para abrirse paso. Los bultos

desparramados a lo largo de la llanura estaban cada vez más distanciados.

Se preguntó si sería capaz de alcanzar el campamento de las colinas caminando. Meneó la cabeza. La sed le tenía perturbado. Antes de recorrer la mitad de la distancia amanecería. El sol y el calor terminarían con él poco después.

Siguió caminando en dirección al oeste, buscando de nuevo el llano que conducía al norte. Estaba decidido a alcanzar las alturas del paso, aunque pensó que allí podía toparse con centinelas de Yamel apostados para descubrir si al amanecer aparecía por el horizonte el grueso del ejército aliado.

Pero ¿qué harían los generales solanitas y amurianos cuando supiesen que sus monarcas habían caído en una burda encerrona? Tal vez Aaronte tomase el mando. ¿Qué haría Aaronte en este caso? El viejo era demasiado prudente, pero no estaría dispuesto a regresar a Solania sin antes asegurarse que era cierta la muerte de su señor.

Mas si se decidía por internarse en el desierto, aunque fuese con cinco veces más de hombres, la victoria le resultaría muy problemática. Los hombres ya debían conocer el resultado de la incursión y estarían saturados de miedo. Los viejos prejuicios y supersticiones habrían minado su moral.

No, no era ya aquél un ejército capacitado para la lucha. Daram pensó que lo más sensato que podía hacer Aaronte era replegarse hasta la capital y esperar allí la invasión. También deberían hacer lo mismo los generales de Astalon.

Astalon.

¿Qué habría sido de Astalon? Seguramente cayó en los primeros momentos del combate.

Jadeante, se detuvo al coronar la altura. Dibujado a la luz de las lunas, un aburrido centinela paseaba por el borde del paso.

Daram reptó hacia él y saltó. La corta espada se clavó en el cuello del mercenario. La cortada garganta se llenó de sangre y sólo pudo soltar un ahogado quejido.

Se apoderó de la espada, más larga, y de dos dagas que se colocó entre el cinturón y el peto de acero. Luego, se aproximó hasta el borde del paso y miró hacia abajo.

Los buscadores seguían incansables mirando cada muerto. La carreta tirada por dos cansinos bueyes se puso en marcha, atiborrada de armas de todas clases. Dos hombres la conducían y Daram, venciendo su cansancio, caminó a lo largo de la altura del paso, siguiéndola.

Obviamente debería conducirle hasta el campamento de sus enemigos situado en el oasis.

Y allí estaría YameI.

AI pensar en Yamel sintió que la sangre le hervía en las venas.

El culpable de aquella locura debía pagarlo.

* * *

Aaronte escupió saliva mezclada con polvo.

El campamento parecía haber sufrido los efectos de un huracán durante la noche.

La mitad de las tiendas habían desaparecido.

Todas las tropas amurianas se habían marchado apenas despuntó el sol, rumbo al Oeste, hacía Solania.

Apenas llegaron las noticias del desastre ocurrido en el interior del desierto, los hombres empezaron a desertar. Cuando los generales amurianos optaron por huir, ya fue del todo imposible contener la desbandada general.

Aaronte a duras penas pudo conseguir que el ejército solanita permaneciera. Pero los generales y oficiales se mantuvieron duros y al final apenas unos escasos pelotones, confundidos entre los amurianos, escaparon. Eran tropas bisoñas, poco fiables.

De todas formas Aaronte sabía que la infantería solanita estaba tan influida por los relatos que los escasos supervivientes estuvieron contando toda la noche, dando detalles de los horrores perpetrados por los soldados negros, que sólo era preciso un chasquido para que echaran a correr.

Grupos de guerreros pertenecientes a la guardia real patrullaban por

los alrededores del campamento, impidiendo nuevas fugas.

Un poco más allá, un grupo de generales dialogaba en voz baja. El rumor de que Daram había muerto era cada vez más fuerte.

Desesperado, Aaronte se debatía en un mar de dudas.

Por un lado se sentía impulsado a ordenar que se levantase el campamento y se marchase hacia el desierto, mientras que su prudencia le recomendaba retornar al reino y defenderlo.

La mitad de los generales eran partidarios de lo primero, sosteniendo la idea de que aún cabía la esperanza de encontrar sano y salvo a su rey. Tal vez estuviese prisionero, decían algunos con escasa confianza.

Entre el grupo de generales hubo un revuelo cuando una patrulla penetró en el desmantelado campamento. En medio iba un jinete con la cara oculta por un pañuelo negro.

Los soldados le ayudaron a bajar y Aaronte se dirigió hacia el grupo. El sargento explicó:

—Dice venir para entregar un mensaje de Yamel. Aaronte se alegró que el sargento hubiera tenido la buena idea de vendarle los ojos. Si aquel hombre regresaba junto a Yamel no debía contarle que los solanitas habían huido.

El anciano ordenó que lo introdujeran en una tienda.

Los generales siguieron a Aaronte y uno de ellos echó las cortinas sobre la entrada. Un soldado le quitó el pañuelo y el emisario parpadeó varias veces.

—Eres Kester —dijo Aaronte al identificarlo.

El aludido sonrió ampliamente y solicitó de uno de los soldados el bulto que sostenía. Era un saco de lona encerada. Le dijo:

— Vosotros ya sabéis de lo que se trata, pero estos caballeros, no. Puedes tirar esa carroña al suelo, soldado.

Con repugnancia, al hombre abrió el saco y arrojó sobre el polvo de la tienda algo que rodó unos palmos, hasta detenerse a los pies de Aaronte.

El anciano palideció y algunos generales soltaron exclamaciones roncas.

Era la cabeza de Astalon, mostrando una horrible mueca. Había sido cortada por algo candente, que chamuscó la mandíbula y cabellos.

—¿Cuál es el mensaje que traes? —preguntó Aaronte—, apartando la mirada de aquel horror y dirigiéndola hacia Kester.

—Mi señor Yamel exige que todas las fuerzas que acampan aquí depongan las armas.

—¿Condiciones?

—Ninguna. Es obvio que habéis comprendido que AstaIon ha sido ejecutado por *La Flamígera*.

—Es el fin —exclamó un general—. *La Flamígera* en poder de Yamel...

—Silencio, estúpido —demandó Aaronte, cada vez más pálido—. ¿Y nuestro rey?

—Presenció cómo la cabeza de AstaIon volaba de su cuerpo. Por supuesto, si vuestra respuesta es negativa, Daram correrá la misma suerte que su aliado bajo d filo de su propia espada —Kester sonrió sádicamente y Aaronte reprimió su ira a duras penas.

—Tu amo Yamel está loco si piensa que vamos a rendirnos. De todas formas te habrá dicho que disponemos de un plazo, ¿no?

—Así es. Hasta el anochecer. Enviad un mensajero con bandera blanca hasta el interior del desierto para anunciar que abandonáis todas las armas aquí mismo y regresáis a vuestras aldeas y ciudades.

—¿Sólo eso?

—Aún queda más. Yamel entrará como rey y señor en Solania dentro de dos días, al frente de sus invencibles ejércitos. Luego lo hará en Amuria. Que las puertas de la capital se abran de par en par y la multitud le aclame como nuevo rey, como nuevo dueño del símbolo: *La Flamígera*.

Aaronte hizo una señal a los soldados, que volvieron a colocar el pañuelo negro alrededor de los ojos de Kester, conduciéndole hacia la salida. Allí se detuvo y dijo sin volverse:

—Naturalmente, los que le juren fidelidad conservarán la vida y sus privilegios. No así los que se le opongan. Estos serán ejecutados con toda rapidez.

Cuando se quedaron solos, los generales observaban a Aaronte. El anciano masculló entre dientes. Ninguno quería hablar porque ninguno deseaba echarse la responsabilidad de decidir.

—No podemos hacer nada —comentó el general que antes había hablado con desesperación.

—Sí que podemos —rezongó Aaronte.

—¿Es que piensas no rendirte?

—Nuestro rey nos maldeciría si lo hiciéramos, caballeros. De todas formas él morirá, pero lo hará feliz pensando que nosotros seguimos defendiendo el reino, nuestras gentes. Apenas Yamel entre en la capital correrán ríos de sangre. Su venganza contra los que se le opusieron nunca cesará. Pensadlo bien.

—Pero si no deponemos las armas antes del anochecer ejecutarán a Daram...

—Es cierto... —asintió Aaronte—. Los solanitas abandonaron muchos pertrechos al huir cobardemente. Levantaremos el campamento y dejaremos aquí esas armas y algunas de las nuestras. Un emisario irá al anochecer al norte a informar de nuestra rendición. Cuando vengan aquí no verán a ninguno de nosotros. Pero no nos retiraremos hacia el sur, sino que nos dirigiremos hacia el norte, en busca de ese maldito oasis.

—Nos descubrirán apenas nos acerquemos...

—No. Daremos un gran rodeo por el este —dijo Aaronte—. Conozco bien la región; mejor que Ka-Dol.

Lentamente, los generales fueron asintiendo.

CAPÍTULO IX

Lentamente, arropado por una amplia capa, Daram se introdujo en medio de las numerosas hogueras encendidas en el oasis. No le costó mucho esfuerzo hacerse pasar por un mercenario más. Su cara tiznada y ropas manchadas, además de los restos de armadura, le

configuraban como uno más de los miles de hombres que al calor del fuego comían y bebían abundante vino aquella noche fría del desierto.

Tal como había pensado, el carro le introdujo hasta el oasis que horas antes estuviera buscando al frente de sus tropas.

Estuvo oculto hasta que de nuevo llegó la noche, acallando los gritos de su estómago que demandaba alimentos y soportando la sed. Halló una vieja capa raída y con ella decidió acercarse, procurando alejarse del resplandor de las hogueras.

No tuvo dificultad alguna en procurarse un odre de agua y un trozo de carne asada. Aquello le calmó y envalentonó. Buscó una reunión de guerreros y se sentó a poca distancia de ellos. Fingió sacar filo a una de sus armas con una piedra y prestó atención a su conversación.

Daram había notado en seguida que se introdujo en el oasis que la alegría allí reinante era escasa. Incluso los mercenarios estaban un poco alicaídos. Pronto se enteró del motivo.

Precisamente la muerte de cuatro de los guerreros negros había sido mal recibida por aquellos hombres, acostumbrados a que la silente e invencible tropa fuese la primera que siempre entraba en combate, allanándoles el terreno a ellos y convirtiendo las batallas en simples paseos militares.

—Pero Yamel insiste en que esos guerreros sólo fueron muertos por *La Flamígera*, la fabulosa espada del rey Daram, la cual hace arder a las víctimas que hiere —comentó un mercenario.

—De todas formas hemos visto como no son invencibles —repuso otro de mal humor.

—No es eso lo que me preocupa, sino que en seguida Yamel ordenó a sus hombres de confianza que recogieran los cuerpos de su tropa especial. Pero yo pude verlos un instante. No sangraban. ¿Cómo es posible? ¡Y uno tenía el casco quitado! Pude verle apenas el rostro, pero éste parecía oculto por una máscara azul, lisa, como si debajo no tuviera nariz. ¿Será cierto que son demonios?

—Si lo fueran no podrían morir nunca —masculló uno, sorbiendo de una jarra de vino.

—Yamel dice que esto no volverá a suceder. Sólo *La Flamígera* es capaz de destruir a sus guerreros. No olvidad, compañeros, que los solanitas no pudieron, entre todos, abatir uno solo...

De pronto uno de los mercenarios estalló en carcajadas y dijo:

—Sin embargo, debemos de estar de acuerdo en que nuestro jefe es astuto. Ha conseguido engañar a los generales de su hermano, haciéndoles creer que lo mantienen prisionero. Esta mañana envió un emisario a las colinas a exigir la rendición, llevándoles la cabeza de Astalon que él mismo, cuando tuvo *La Flamígera* en su mano, separó del tronco.

—Tengo entendido que los vigilantes ya regresaron hace apenas unas horas del borde del desierto. Estuvieron buscando al jefe.

—El jefe está desde esta mañana al otro lado de los montes, en el santuario del mago. Habrán tenido los emisarios que ir allí a informarle. ¿Es cierto que los aliados se han rendido?

—Eso parece. Dejaron el campamento, con un buen montón de armas en el centro. Serán precisas todas las carretas para transportarlas hasta aquí. Esos pertrechos serán bien recibidos, pues escuché decir a Yamel a Kester; apenas regresó de transmitir el ultimátum a los aliados, que mañana mismo tendrían el doble de guerreros negros.

—¿Será posible? ¿De dónde salen esos demonios?

—Del santuario —replicó un hombre, haciendo un gesto hacia el norte, que Daram captó desde donde había estado escuchando la conversación.

Se levantó, alejándose de allí. Se había enterado de bastantes cosas y ninguna de ellas agradable. Sus hombres se habían rendido y huido. ¿Qué había pasado en las colinas? Lanzó un reproche mental a Aaronte. Hubiera estado conforme con que se hubiera retirado al reino, pero nunca aceptar la rendición, abandonar las armas.

Astalon, Aquel tipo había muerto. Seguramente Yamel sólo encontró su cuerpo después de la batalla. Cuando le llevaron *La Flamígera* pensó que podía engañar a los aliados. Cortó la cabeza de Astalon y la envió a las colinas. Aaronte conocía perfectamente un corte producido por la espada de fuego. Aceptaría la mentira. Para el mago, Daram estaba prisionero y el rey de Solania, muerto por la espada del primero.

Decidió no recriminar a Aaronte su actitud. Desconocía los hechos. Los generales aliados podían haber decidido por él. Incluso Aaronte podía haber sido asesinado al oponerse a la rendición.

Ante Yamel, pensó, había un camino libre hacia la capital de Solania,

y allí estaba Vayla, indefensa.

Presa de desesperación, Daram se dirigió hacia las afueras del campamento. Pasó entre los centinelas sin despertar sospechas, siempre caminando hacia el norte. No sabía exactamente a qué distancia se encontraba aquel llamado santuario, en donde estaba Yamel ahora con Ka-Dol. Pero debía encontrarlo.

Halló una senda con profundas marcas de carretas cargadas. Las siguió. Atrás quedaron las luces del oasis, confusas.

De vez en cuando se topaba con patrullas armadas que parecían custodiar la senda y siempre se apartó de ellas, ocultándose hasta que se alejaban. Una vez pasó una carreta procedente del norte. Iba vacía. Más adelante alcanzó a ver una cargada de armas y piezas de armaduras, todas negras.

Pensó que iba por buen camino.

Anduvo durante dos horas largas y experimentó de nuevo cansancio. Se había apropiado de un pequeño odre de agua, del que bebió un largo trago. También llevaba un trozo de carne casi cruda envuelta en hojas grandes. Aunque estaba fría la devoró. Tenía que recobrar sus fuerzas.

Mientras caminaba a lo largo del sendero, Daram terminó de trazar un burdo y sencillo plan.

Se rió de sí mismo al detenerse a analizarlo. Sólo podía esperar acabar con Yamel, aunque le repugnara tal idea, y con Ka-Dol. Aunque era una esperanza remota, tal vez con aquellas dos ausencias el peligro que se cernía sobre Solania y toda la extensa región continental desaparecería con la muerte de ambos, dispersándose los mercenarios y regresando los demonios al infierno de donde procedían.

Descubrió a lo lejos más patrullas y se ocultó a esperar que pasaran. Pero no se movieron. Parecían estar en aquel sitio defendiendo un lugar privilegiado. Se movió en silencio en las sombras. Tenía que darse prisa porque pronto amanecería.

Las burló dando un rodeo, dejándolas a sus espaldas. Cada vez con más cautela prosiguió su avance.

Maldijo entre dientes cuando por encima de las montañas comenzaron a surgir los primeros destellos del sol.

Pero entonces descubrió lo que era el santuario.

No disponía de ningún indicio para pensar que lo era, pero estaba seguro que aquella extraña y sobrecogedora construcción de metal brillante, pulido, era el redil de Ka-Dol, aquel del que los mercenarios hablaban con respeto y temor.

Se quedó quieto en su observatorio, hasta asegurarse que los cientos de figuras enfundadas en armaduras negras que rodeaban el santuario en un amplio círculo no se movían. Eran como estatuas.

Eran los mismos guerreros, temibles, que habían destrozado su ejército en el paso. Sostenían sus armas y no se movían, pensó Daram moviendo la cabeza, confundido.

De pronto del santuario surgió un hombre. A pesar de la distancia lo identificó como Kester, uno de los hombres de confianza de su hermano. Se alejó un poco, hasta entrar en una pequeña tienda situada a poca distancia del santuario y fuera del círculo de estáticos guardianes.

Daram se dirigió hacía la tienda. Dentro había encendida una luz y la silueta de Kester se dibujaba en la lona. Por la forma de la sombra dedujo que estaba dándole la espalda y extrajo una de las afiladas gumías.

Con la punta del acero rasgó una porción de la lona y se introdujo por la abertura sigilosamente.

Entonces Kester le escuchó y se volvió. Quiso alcanzar una espada y Daram se lanzó sobre él, golpeándole con todas sus fuerzas. El hombre cayó desplomado con el labio partido. No estaba muerto y la gumía del rey estuvo durante unos segundos acariciando el cuello del caído.

Daram se sintió incapaz de matarlo. Le escupió y asomó la cabeza por la entrada de la tienda. Delante suyo estaban los temibles soldados negros, custodiando el santuario. Echó una mirada a los posibles distintivos que Kester llevaba encima, pensando que algo debía ser lo que le permitía pasar entre las filas de centinelas impunemente. Tocó el pañuelo anudado al cuello. Después de una corta vacilación, se lo arrebató.

Después de ponérselo, salió resueltamente de la tienda, caminando en dirección al santuario.

* * *

—No me gusta que hayas entrado aquí —dijo airado Ka-Dol, mirando con altanería a Yamel.

—Tampoco a mi, pero es preciso que hablemos —repuso Yamel inquieto, sin cesar de mirar con aprensión cuanto le rodeaba—. Creo que nos animaremos un poco con el vino que Kester ha ido a buscar.

—Por el momento no puedo facilitarte más guerreros, Yamel.

—Los necesito.

—¿Para qué? Tienes a los solanitas y amurianos vencidos, Se han rendido, ¿no?

—El camino hasta la capital de Solania es largo. No nos faltarán dificultades. Algunos nobles no aceptarán la rendición y nos presentarán batalla.

—Eso no tiene importancia ——sonrió Ka-Dol. Últimamente pensaba que Yamel actuaba de forma sospechosa. Tal vez había pensado librarse de él una vez que dispusiera del suficiente número de robots. Yamel podía haber llegado a la conclusión que ni sometiéndolo a tormentos conseguiría arrebatarle el secreto para obtener guerreros de brillante metal azul. Y estaba en lo cierto. Ka-Dol preferiría morir antes de confesar. Sabía que inmediatamente después sería degollado.

Pero había tomado sus precauciones. Nunca salía del santuario. Ni tampoco se desprendía del aro de oro que constantemente adornaba su frente. Con aquel medio de dominio sobre los robots Yamel nunca podría intentar nada contra él.

—Si que la tiene —respondió Yamel mirando con recelo la figura inmóvil del guerrero, sin armadura, situado junto a la entrada, y sosteniendo una enorme hacha de doble filo.

—Es natural que los hombres estén nerviosos porque cuatro guerreros hasta ahora estimados como invencibles hayan caído bajo *La Flamígera* de Daram —dijo Ka-Dol señalando la fabulosa espada que pendía del cinto de Yamel—, pero se olvidarán. No admito tu razón de que para calmarlos es preciso que vean que cuentas con doble número que tenías antes de empezar la batalla; los que tienes te bastan… por el momento.

—Ka-Dol, desconfías de mí. Y eso no es bueno para ambos.

El mago se encogió de hombros.

—Es posible. Tú tampoco pareces tenerme mucha confianza.

—Dispones de demasiado poder. Sé que mi dominio sobre los guerreros que sacas del averno es transitorio, que puedo usar con tu consentimiento. ¿Siempre será así?

Ka-Dol asintió vigorosamente.

—Por supuesto. ¿Olvidas nuestro pacto?

Yamel aferró nerviosamente la empuñadura de *La Flamígera*.

—Puedo pensar que cuando llegue el momento que no me consideres preciso...

—No seas tonto. Siempre serás preciso para mí. ¿Por qué ofuscarnos? Aún sigues lleno de rencor contra mí porque falló la chica que debía drogar a tu hermano. ¿Es que nunca lo olvidarás?

—Lo olvidé hace tiempo...

—No es cierto. Tú nunca olvidas nada. Y sé que juraste matarme. ¿Cuándo has perdonado a alguien?

—Muéstrame tu amistad confiándome cómo consigues los guerreros.

El mago soltó una corta carcajada, no ausente de nerviosismo.

—¿Estás desvariando? Es mi seguridad la que me pides, Yamel...

Yamel se movía como un relámpago en una noche de tormenta. Desenvainó la espada y asestó un golpe terrible contra el muñeco azul que estaba a su lado. La espada estalló en fuego al hundirse en el pecho de metal. El robot se desplomó partido en dos.

—¿Qué has hecho? —tartamudeó Ka-Dol retrocediendo unos pasos.

Yamel miró extasiado el arma que sostenía su mano enguantada.

—Es el máximo poder del mundo. Con ella y los guerreros seré el amo de todas las tierras conocidas —rió con fuerza y miró a Ka-Dol—. No temas, mi buen amigo. Sentí irreprimibles deseos de ver cómo se destruye uno de tus invencibles guerreros. ¿No podrías conseguir

algunas de estas espadas para dotar a tus muñecos?

—Esa arma fue regalo de los dioses. El primer rey de Solania la encontró en unas ruinas. Lo sé. Pero la leyenda dice que fue una dádiva divina. Es irreproducible.

—Es cierto — Yamel dio un puntapié al destrozado robot y contempló sus entrañas metálicas—. No dejé que los mercenarios vieran cómo son por dentro. Ordené enterrar sus restos en seguida por hombres de confianza. Creo que se decepcionarían al descubrir cómo están hechos. —Echó un vistazo alrededor y añadió—: Tienen cierta semejanza con esta extraña construcción, Ka-Dol. ¿También esto es un regalo de los dioses? No. No puede ser. Tal vez del infierno. Con él es probable que tengas mejores relaciones.

—Debes descansar, Yamel, retirarte.

—No. Me temo que las cosas han ido demasiado lejos, amigo —dijo avanzando un paso con la espada apuntando a Ka-Dol.

—Retira eso...

—¿Tienes miedo? ¿Por qué no llamas a tus fieles guerreros? Pero te advierto que antes que uno entre aquí te traspasaré tu sucio corazón.

La afilada punta de la espada se detuvo a escasa distancia del rostro de Ka-Dol, quien empezó a jadear y palidecer.

—Ya sabes cómo actúa la espada, Ka-Dol. Sólo tengo que tocarte para que tu rostro se consuma en un fuego mortal. Nada más que quien la maneja con las debidas precauciones está a salvo de la ira de *La Flamígera*.

—¿Qué es lo que pretendes?

—¿No lo adivinas? Sencillamente, que me digas de una vez cómo consigues los guerreros. Y también la forma de dominarlos yo solamente.

Yamel miró el aro de oro. Sonriendo, preguntó:

—¿Acaso ese trozo de metal es algo más que un simple adorno? ¡Quítatelo!

Ka-Dol palideció más intensamente. Si se desprendía del aro quedaría en manos de Yamel. Tampoco podía llamar a algunos de los cientos de

guerreros que rodeaban el santuario. Antes que uno solo entrase, la espada podía convertirlo en una antorcha viviente. No estaba dispuesto a confiarle nada a Yamel, pero tampoco a morir. Aspirando fuertemente, dijo:

—Te daré esa muestra de confianza que me pedías si me prometes que nuestra alianza no será rota.

Yamel sonrió ampliamente.

—¿Por qué no? Tienes mi promesa, mi gran amigo.

—Aparta esa arma y sígueme. Pero tengo que seguir llevando el aro alrededor de mi cabeza. Sin él no puedo explicarte el secreto...

Después de dudarlo un poco y echar un vistazo a la abertura del suelo, Yamel asintió.

—No me hagas perder más tiempo, Ka-Dol. Y te prevengo contra cualquier maniobra tuya.

—No temas —respondió el mago dirigiéndose a la puerta ovoidal ocultando una sonrisa de esperanza.

CAPÍTULO X

Yamel admiró el rectángulo donde aparecía dibujado un hombre azul, reproducido hasta el infinito, uno detrás de otro, en aplastados planos.

—¿Qué es éste? —preguntó, sin dejar de mirar de soslayo al mago.

—Sería difícil de explicarlo en seguida, Yamel —dijo Ka-Dol cuyo rostro había recobrado su color normal—. Puedo decirte cómo se hace, pero no por qué. ¿Ves esta consola con estas varas de diversos colores? Cada vez que se baja la roja, surge del interior de esa especie de cuadro un guerrero.

Yamel le miró con recelo, pero no dijo nada. Ahora, mirándole burlonamente, Ka-Dol, apartándose de la mesa, le propuso:

—¿Quieres comprobarlo tú mismo?

—¿Qué significan las demás palancas?

—No lo sé. Nunca las he manipulado. No quiero hacerlo porque desconozco sus efectos. Ya sabes, a cada bajada de la roja tendrás un nuevo guerrero.

Yamel seguía mirando con desconfianza al mago. Le veía excesivamente ansioso porque él tocase la barra roja.

—Si tan sencillo es explícame por qué te resistías tanto en proporcionarme los guerreros que te solicitaba.

—Tengo miedo, Yamel, que la fuerza que los proporciona se agote.

—Ahí parece haber muchos dentro.

—En efecto. Pero todo esto es un enigma para mí.

—No te puedo creer...

—Pues es la verdad. El dios que moraba en este recinto..., digamos que no fue muy explícito conmigo. Se retiró antes de confiármelo todo. Sólo dispongo de escasos conocimientos, pero los suficientes a mí entender. Aunque algunas veces me arrepiento de no haberle rogado que se extendiera en los secretos que existen aquí —sonrió—. Vamos, Yamel, ¿no quieres probar por ti mismo la magia encerrada ahí detrás?

Molesto, Yamel movió la espada y dijo:

—Es igual. Hazlo tú mismo.

—¿Tienes miedo?

—Yo no sé lo que es el miedo; pero no me fío de ti. No puede ser que los guerreros salgan de algo tan plano. Si estás tramando algo...

Asintiendo, Ka-Dol agarró la palanca y de un golpe la hizo descender.

Al instante, del rectángulo surgió una brillante figura azul, que caminó unos pasos. Pero no se detuvo. Su poderoso brazo derecho se movió y sólo por unos centímetros, Yamel no recibió un destructor golpe en el rostro.

Casi agachado, Yamel levantó la espada y destrozó las piernas del poderoso muñeco, cercenándolas ambas. Pero la aparición seguía moviendo los brazos y de un nuevo golpe terminó de destrozarla.

Pero apenas se había medio incorporado cuando del rectángulo salió otra figura de apariencia humana que se dirigió rauda hacia él, mientras que Ka-Dol, sin soltar la palanca roja, reía histéricamente.

Yamel retrocedió hasta la puerta ovoidal, lanzando mandobles hacia los guerreros. Ya eran cinco y del rectángulo seguían saliendo más.

El interior del santuario se llenó de fuego, de estallidos ígneos. Los robots caían a diestro y siniestro, pero Yamel seguía retrocediendo, tosiendo a causa del aire enrarecido por los gases desprendidos de los muñecos destrozados. Creyó estar en una fragua repleta de actividad, con el característico olor a metal fundido, a brasas.

Ka-Dol seguía riendo desde el interior, hasta que asomó la cabeza por la puerta, contemplando a un Yamel cada vez más asustado, conteniendo a duras penas el avance de los guerreros hacia él. Sabía que si por el momento seguía con vida se debía a que éstos no estaban armados, aunque sus poderosas garras podrían despedazarle si conseguían agarrarle.

Yamel, en medio de su aturdimiento, pensó que sólo escapando de allí podría salvar la vida. Aún estaban los guerreros del exterior, pero si conseguía abrirse paso con *La Flamígera* aún tenía una remota esperanza de escapar hasta el oasis. Y una vez allí... Al demonio los mercenarios. No podía contar con ellos. Los guerreros le seguirían y apenas aparecieran éstos, los muy cobardes huirían. Pero podría conseguir un caballo al menos. Se acordó de Kester. ¿Por qué tardaba tanto con el vino?

Estaba muy cerca de la salida circular del suelo. A punto estuvo de saltar por ella cuando los muñecos azules avanzaron lateralmente y le cortaron la retirada. Desde el fondo, Ka-Dol seguía riendo. Se fijó que el aro de oro brillaba a intervalos y comprendió que había sido un estúpido al no quitárselo antes. De alguna forma gobernaba a los guerreros a través de él.

Ahora se encontraba sin posibilidades de huir, acorralado en un rincón de la estancia. Delante tenía doce gigantescos muñecos que extendían hacia él sus garras, mirándole a través de los agujeritos colocados en el centro de sus lisas cabezas. No habían salido más del otro cuarto, pero los que estaban cercándole eran más que suficientes para acabarle. Antes que él pudiese destrozarlos estaría lo suficientemente agotado para no poder alzar la espada que hasta el momento le estaba salvando la vida.

En medio del sudor que le caía desde la frente hasta los ojos vio cómo alguien salía del círculo del suelo. ¿Kester? No. Parpadeó y comprobó que se trataba de alguien con restos de armaduras que sostenía en cada mano una espada. Al girarse para ver lo que pasaba en el rincón, Yamel pudo ver el rostro de Daram.

Yamel tuvo que sustraerse de la sorpresa que le supuso ver allí a su hermano, a quien suponía muerto, perdido su cadáver entre los cientos que llenaban el paso. Aquella distracción ocasionó que una garra le asiese del brazo izquierdo. Con un grito de horror, movió el derecho y cortó el miembro de acero, pero ya otros robots se le estaban acercando.

Daram parpadeó al ascender por el tubo de aire. Agarraba con todas sus fuerzas las dos armas. Se retiró de la compuerta circular al ver en un rincón varios guerreros azules, sin armaduras, que mantenían una lucha contra alguien. El grito de Yamel le ayudó a identificarlo.

Por una fracción de segundo estuvo tentado de lanzarse en su ayuda, pero se contuvo al ver flamear el fuego de *La Flamígera* que destruyó dos figuras azules más. Recordó que las armas corrientes no hacían mella alguna en la dura estructura de aquellos demonios.

Pero al otro lado de aquella estancia irreal estaba Ka-Dol, con toda su atención puesta en la lucha entre Yamel y los guerreros. El mago sólo notó la presencia de Daram cuando éste le cogió el cuello pasándole su guarnecido brazo de hierro y lo apretó con fuerza. Sintió el frío del acero sobre su cara, escuchando la ronca voz de Daram:

—Haz detener a esos demonios, por los dioses. Ka-Dol cedió un poco y de la boca del mago surgió un grito enronquecedor.

Del fondo de la estancia les llegó un ruido espantoso.

Los robots se habían lanzado al unísono contra la acorralada figura de Yamel. El desdichado apenas tuvo tiempo de esgrimir dos veces su llameante espada con los restos de sus fuerzas. Al tiempo que caían destrozados tres de sus enemigos, los demás cayeron sobre él, aplastándole. De su abierta mano se escapó la ya fría espada, que resbaló por el suelo.

Daram lanzó a la vez un aullido de dolor y apretó contra la garganta del mago el filo de la espada que acariciaba el cuello, No dejó de apretar hasta que sintió que el acero mellaba su rota cota de malla.

Entonces liberó del abrazo a Ka-Dol, que se escurrió de entre sus

brazos hasta quedar tendido en el suelo, con la cabeza inclinada y cubriendo el suelo con un reguero de sangre.

Respirando entrecortadamente, Daram desvió la mirada del mago hacia el rincón. Reprimió sus deseos de vomitar. Yamel había tenido un final terrible, doloroso. El enorme peso de los muñecos de metal azul lo había aplastado. Entre las brillantes masas de los ahora inmóviles guerreros invencibles surgía una mano crispada y un pie con la sandalia medio desprendida.

Desmayadamente, Daram se inclinó y arrebató el aro de oro que había visto relucir sobre la frente de Ka-Dol. Ahora estaba opaco, frío.

Cuando escuchó un leve roce a su espalda se giró, estremeciéndose. De la circular entrada del suelo estaba apareciendo Kester. Sus ojos brillaban de rabia apenas le descubrió. Daram soltó una de las espadas y aferró la más larga, mientras miraba, alarmado, *La Flamígera*, que yacía a menos de un palmo de Kester.

El lugarteniente de Yamel pareció hacerse cargo de la situación en seguida. También descubrió *La Flamígera* pronto. Con una sonrisa de triunfo tendió la mano hacia ella, al tiempo que se levantaba y adelantaba el primer paso hacia Daram.

Daram respiró hondo y no se movió, ni siquiera alzó su arma para prepararse a defenderse. Simplemente, dejó que Kester terminase de empuñar la espada.

Kester abrió desmesuradamente la boca y se movió con agitación, sin poder avanzar más o retroceder. Parecía que deseaba soltar la temible espada, pero ésta estaba como adherida a la piel desnuda de sus dedos.

Muy despacio, la mano armada empezó a ennegrecerse. Kester continuaba sin poder pronunciar el grito que pugnaba por salir de su garganta, horrorizado. Demasiado tarde habiase dado cuenta que no llevaba el guantelete especial.

El fuego interno que le corroía le llegó hasta el hombro. Kester consiguió gritar, pero sólo por unos breves segundos. Muy despacio dobló las rodillas y cayó de cara sobre una de las figuras azules destrozadas.

Con rapidez, Daram corrió hacia donde Kester se estaba consumiendo, tomando la espada con su mano derecha defendida por el cuero fino del guante que le cubría hasta el antebrazo.

La Flamígera, como si hubiera reconocido el contacto de su verdadero dueño, fue perdiendo rápidamente el tono rojo de su hoja, hasta recobrar su tono acerado.

Blandiéndola, Daram dejó que toda la furia que había estado almacenando se escapase en aquel momento. Gritando, pronunciando palabras inaudibles, maldiciones contra los dioses, contra todo, empezó a asestar terribles mandobles contra los extraños aparatos que llenaban la estancia llena de muerte y terror.

Sólo veía a través de un denso velo oscuro, incapaz de percatarse de los estallidos que ocasionaba *La Flamígera* cuando destrozaba alguna consola o un mamparo lleno de luces y dispositivos. De varios rincones de la estancia empezaron a escucharse silbidos y roncos ruidos. Era como una protesta del santuario ante aquella cólera destructora.

Unas chispas le rozaron la mejilla y Daram se detuvo súbitamente. Parpadeó y lo miró todo como si fuera la primera vez. Había salido del trance y recobrado la serenidad.

Por todas partes surgían llamas que fundían el metal.

Se volvió para intentar recuperar el cadáver aplastado de su hermano, sacarlo de entre la pila de monstruos azules que casi lo ocultaban. Pero ya allí había llegado un torrente de hierros al rojo.

La salida, pensó, pronto estaría cubierta. Saltó sobre ella y la extraña blandura del tubo de aire le dejó suavemente sobre el suelo, ante la noche y las filas de guerreros con armaduras negras que rodeaban el santuario.

Ahora los guerreros estaban caídos, como si la fuerza que los sostenía en pie se hubiera esfumado totalmente.

Arrastrando la espada que le había ayudado a producir tamaña destrucción dentro del santuario, Daram se alejó de allí.

* * *

El amanecer sorprendió a Daram sentado, de espaldas contra una roca y mirando fijamente hacia abajo, hacia la ruina del santuario.

También Aaronte le encontró en esa posición tres horas más tarde, cuando al frente de un nutrido grupo de guerreros irrumpió en el pequeño valle prohibido por Ka-Dol a los mercenarios de Yamel. Los hombres llegaban cansados, pero satisfechos. Estaban sucios de polvo y de sangre. Pero era sangre enemiga, no propia.

Daram giró la cabeza y procuró dibujar una sonrisa a Aaronte. Sólo le salió una mueca.

El mago se sentó a su lado, contemplando también las derribadas filas de guerreros invencibles que rodeaban al destrozado santuario.

Tendiendo la mano hacia él, señalándolo, Daram dijo con voz ronca:

—Ha estado ardiendo toda la noche, Aaronte. De su interior salía un fuego tan poderoso como mi espada. Ahí quedó el cadáver de mi hermano cubierto por los demonios que él mató antes de morir aplastado. Ka-Dol y Kester también encontraron su fin, el que merecían.

—Celebro que no hayas sido tú la mano ejecutora contra Yamel. Me alegro por ti. Hubiera sido difícil que lo olvidaras.

Los guerreros, cansados, empezaron a desmontar. Miraban con asombró y respeto el irreconocible resto del santuario.

—Anoche, mientras luchábamos en el oasis contra los mercenarios de Yamel percibíamos el gran fuego situado al norte. Entonces no pude saber cuál era su causa. Fue una gran batalla, señor. Pudimos sorprenderlos cuando estaban más confiados. Pero reconozco que tuve miedo al ordenar el ataque, porque siempre estuve temiendo la aparición de los guerreros negros. Al no verlos por allí decidí arriesgarme. Pero siempre, repito, el presagio de verlos aparecer no se alejaba de mi pensamiento.

Daram aceptó el odre con agua que le tendió el mago.

Después de beber un largo trago, dijo:

—Tal vez hubiera ocurrido eso de haber conseguido sorprenderme Ka-Dol cuando ordenó a sus muñecos que acabasen con mi hermano. Seguramente pretendía dejarme sin habla y así tener tiempo de ordenarles que me matasen.

Alzó un aro de hierro negro, de lámina muy delgada, ante los ojos de Aaronte, que preguntó:

—¿Qué es?

—Cuando Ka-Dol lo llevaba sujeto alrededor de su cabeza brillaba intermitentemente. Se volvió opaco al quitárselo, pero seguía siendo de oro. Ahora es sólo miserable hierro.

—Cuando el metal del santuario se enfríe iré a echar un vistazo —murmuró el mago, entornando los ojos—. Todo esto me recuerda viejos libros que alguna vez leí de joven. Se referían a antiguas leyendas, a la historia olvidada de nuestro mundo, cuando con nosotros vivían los dioses que adoramos —sonrió y añadió quedamente—: Pero yo nunca pensé en ellos como seres divinos, sino como hombres mortales que poseían grandes conocimientos de las ciencias. Claro que eso nunca puedo manifestarlo por mi condición de sacerdote además de mago. Es posible que los busque y vuelva a leer.

—¿No tienes ahora ninguna idea de lo que fue eso? Apostaría mi reino que Ka-Dol no lo construyó. ¿Será cierto que hizo un pacto con las fuerzas del infierno?

—Es curioso. También los viejos hombres llamados dioses hablaban del infierno y sus poderes demoníacos. Pero la ciencia y el conocimiento se vuelven peligrosos cuando caen en manos de hombres ambiciosos. Ka-Dol debió encontrar esa extraña construcción por casualidad y se apropió de sus tesoros y secretos. ¿Sabes que los viejos libros tenían bellas imágenes y que el santuario, a pesar de su destrozo me recuerda lejanamente a las grandes carretas con las cuales los dioses de este mundo, en la oscuridad de los tiempos, podían viajar hasta las estrellas. Eso debió ser corriente hasta que decidieron marcharse. A partir de entonces el mundo degeneró y se volvió cada vez más salvaje. Después de muchos años de oscuridad reemprendió la marcha y sus hombres más inteligentes comenzaron a comprender muchas cosas. ¡Pero nos faltan tantos conocimientos!

Daram se levantó y cogió su espada, enfundada en la vaina de cuero repujado. Esperó que Aaronte se alzase también y dijo:

—Debemos regresar, mi buen amigo. Estoy deseando poder comunicar a los hombres del reino de Solania que el peligro ha pasado. Ha costado caro, mucha sangre, pero era inevitable —miró hacia abajo—. Este lugar se convertirá en algo mitológico, Aaronte. La gente vendrá de todos los confines del mundo a admirar esas derribadas estatuas de metal negro, que Yamel cubrió de armadura negra. Pero ninguno se atreverá a acercarse. Se contentarán con mirar desde este sitio.

Aaronte estaba cansado. Siguió a su rey cansinamente. Habían sido demasiadas emociones en escasos días, y la batalla de la noche anterior había terminado por mermarle sus ya siempre escasas reservas de fuerza.

Una vez más, antes de subir al caballo que un caballero le sostenía por las bridas, desvió su mirada hacia el santuario.

Algún día regresaría, pensó, después de leer los viejos libros. Estaba seguro de poderse dar muchas respuestas a tantas preguntas.

Recordó un párrafo que leyó hacía muchos años:

> *« ... Vendrán a explorar lo que una vez poseyeron, a recobrar a sus hermanos. Enviarán siervos de metal que obedecerán a un solo hombre. Quien llegue decidirá si ellos deben retornar o dejar el mundo a los hombres para siempre.*
>
> *»Son poderosos.*
>
> *»Pueden llamarse los unos a los otros a través de enormes distancias y salvarlas en escasas jornadas.*
>
> *»Quien llegue siempre estará en contacto con sus hermanos situados más allá de las estrellas.*
>
> *»Quien llegue, si lo ve con ojos de agrado, los llamará.*
>
> *»Entre todos harán felices a los hombres y les mostrarán el camino de las estrellas...*

Aaronte meneó la cabeza. ¿Por qué había recordado la vieja leyenda, que entonces le pareció un cúmulo de vaguedades?

«¿Acaso —pensó—, se había producido la llamada?»

—¡Qué ridiculez! —se dijo, mientras subía al caballo y lo espoleaba para reunirse con Daram, que le aguardaba sonriente.

— Vamos, viejo amigo. Tengo grandes deseos de regresar a casa.

Aaronte asintió. Daram estaba ansioso de estrechar los cálidos brazos de Vayla. Un deseo lógico en un hombre joven y enamorado.

Pero él regresaría allí. Algún día.

* * *

En un lugar muy lejano, una luz que hasta entonces había estado parpadeando, se apagó.

Alguien lo descubrió y dijo a quien le acompañaba:

—Es la señal que esperábamos para investigar. Que la unidad de socorro más cercana al planeta OKH-98654-W descienda en el mismo punto donde, por error, se posó la nave investigadora. Hemos estado demasiado tiempo sin saber de ella.

—¿Por qué no transmitió el navegante antes?

Quien había hablado entornó los ojos y dijo pesaroso:

—La señal que hemos recibido indica que algo definitivo ha sucedido. Pero ha sido lo suficientemente fuerte para señalarnos su situación. Ahora sabremos lo que ha pasado.

«¿Un viejo mundo perdido del cual no quedaban registros —pensó el hombre contemplando la luz apagada—. Podía ser. ¿Por qué no?»

Tal vez, sin pretenderlo, estaban a punto de iniciar un gran descubrimiento. Hacía tanto tiempo que no se hallaba uno de aquellos viejos mundos donde la raza humana vivió y que abandonó en los tiempos tenebrosos de las grandes guerras siderales. Pero en muchos planetas quedaron colonias.

¿Podía en el planeta OKH-98654-W…?

FIN